

IMPRIMIR

**BRUTO,
O DE LOS ILUSTRES ORADORES.**

MARCO TULIO CICERON

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

DE LOS ILUSTRES ORADORES.

Cuando volví de Cilicia a Rodas, y supe la muerte de Quinto Hortensio, sentí más grave dolor que lo que nadie puede imaginarse. Porque con la pérdida de tal amigo, no sólo me veía privado de su dulcísima comunicación y trato, sino que me parecía menoscabada la dignidad de nuestro colegio de los augures. Recordaba yo que él me había recibido en aquel colegio y hecho la ceremonia de la inauguración, y prestado juramento en favor mío, por todo lo cual, según la costumbre de los augures, debía yo considerarle como padre. Aumentaba mi aflicción el observar que en tanta penuria de sabios y buenos ciudadanos, en tiempo tan calamitoso para la república, hubiera venido a morir aquel varón egregio, participe de todos mis propósitos y deliberaciones, haciéndonos sentir tanto la falta de su autoridad y prudencia. Y dolíame por haber perdido en él no a un adversario (como muchos creían), ni a un émulo de mi fama, sino a un compañero y hermano en el trabajo y en la gloria. Si de otros artífices en materia más leve, de los poetas, vg., se cuenta que lloraron la muerte de sus iguales, ¿cuánto no debí sentir yo la de aquel con quien era más glorioso pelear que dejar de tenerle por contrario?. Cuanto más que nunca puso él estorbos en mi carrera, ni yo en la suya, sino que mutuamente nos ayudamos, comunicándonos y favoreciéndonos. Pero ya que vivió en perpetua felicidad, y pasó de esta vida, oportunamente para él ya que no para los ciudadanos, en tiempo en que más bien hubiera debido llorar la suerte de la república que aliviarla; y puesto que vivió tan largo tiempo cuanto se pudo vivir quieta y pacíficamente, en nuestra ciudad, lloremos, si es necesario, nuestra propia pérdida y detrimento, y recordemos con benevolencia antes que con misericordia lo oportuno de su muerte, como si le amáramos a él más que a nosotros mismos. Porque si nos dolemos de no poder disfrutar ya de su palabra, desgracia nuestra es que debemos tolerar con resignación, para que no parezca que vence en nosotros a la amistad el interés privado. Y lejos de compadecernos de Hortensio envidiemos su extraordinaria felicidad.

Ciertamente que de haber vivido más tiempo, pocas cosas le hubieran afligido tanto (de igual modo que a todos los buenos y rectos ciudadanos) como ver el foro romano (que había sido teatro de su ingenio) huérfano y despojado. Angustia mi alma el ver que la república ya no echa de menos las armas del consejo, del ingenio y de la autoridad, en que yo tanto me habla ejercitado, y que tan dignas eran de un varón de levantados pensamientos y de una ciudad bien constituida. Y si hubo algún tiempo en que la autoridad y la palabra de un buen ciudadano pudiera arrancar las armas de manos de las irritadas muchedumbres, fue precisamente cuando el error o el miedo hicieron imposible la paz. Yo mismo tuve que arrojarme al campo, cuando ya mi edad, cansada de luchas y de honores, hubiera debido refugiarse en el puerto, no de la inercia ni de la desidia, sino del ocio moderado y honesto, y cuando ya mi estilo iba encaneciendo, y acercándose no a la madurez sino a la senectud. Entonces tuve que tomar las armas, cuando los mismos que gloriosamente las habían usado no sabían cómo emplearlas con provecho. Por eso me parecen felices y bien afortunados los que en cualquiera ciudad, pero sobre todo en la nuestra, pudieron disfrutar, a la vez que de la autoridad y de la gloria adquirida con ínclitos hechos, del lauro y prez de la sabiduría. El recuerdo de tales hombres me sirve de gran consuelo en mis mayores tribulaciones, y ahora ha venido a refrescarle una conversación reciente.

Estando ocioso en mi casa, paseándome por el pórtico, vinieron a mí, según su costumbre, Marco Bruto y Tito Pomponio, grandes amigos entre sí, y que tanto lo son míos, que bastó su vista para hacerme olvidar los tristes pensamientos que me sugería el estado de la república. Después de saludarnos, les pregunté: «Qué novedad os trae por aquí?

-Nada de particular traemos que decirte, respondió Bruto.»

Y Ático añadió: «Hemos venido con intención de guardar silencio sobre las cosas de la república, y oír algo de tu boca, más bien que molestarte con nuestros discursos.

-Lejos de eso, Ático, le respondí: vuestra presencia viene a quitarme un grave pesar, y hasta en ausencia me fueron vuestras cartas de gran consuelo, y por ellas volví a mis primeros estudios.

-Leí, contestó Ático, la carta que desde el Asia te escribió Bruto, y parecióme que te aconsejaba con prudencia, y te consolaba amistosamente.

-Bien dices, le respondí, porque después de leída aquella carta, torné, digámoslo así, a nueva vida. Y así como después del estrago de Cannas empezó a levantar cabeza el pueblo romano con la victoria de Marcelo en Nola, y siguiéronse después muchos sucesos prósperos: así después de tantas calamidades públicas y privadas, nada, sino la epístola de Bruto, vino a aliviar, siquiera en parte, mis angustias y cuidados.

-En verdad que eso pretendí con mi carta, replicó Bruto, y grande es el fruto que logro en haber conseguido lo que deseaba. Pero quisiera saber qué cartas de Ático fueron esas que tanto te deleitaron.

-Y no sólo me deleitaron, sino que en cierto modo me volvieron la vida, repliqué.

-¿La vida? preguntó él. ¿Qué género de cartas es ese tan excelente?

-¿Pudo, dije yo, serme tan agradable en estos tiempos ninguna dicatoria como la del libro con que Ático vino a despertarme?

-¿Hablas del libro en que rápidamente, y a mi modo de ver, con mucha exactitud y diligencia, recopiló los hechos pasados?

-Ese mismo libro, ¡oh Bruto! es el que digo que me restituyó a la vida.

-Muy grato es lo que me dices, interrumpió Ático; pero, ¿qué pudiste hallar en ese libro de nuevo o de útil?

-Nuevas encontré muchas cosas, y saqué de todo la utilidad que buscaba, viendo, gracias al orden cronológico, de una sola ojeada todos los acontecimientos. Y la lectura de tu libro me sugirió la idea de remunerarte con un don, si no igual, a lo menos agradable: por más que sea tan celebrado entre los doctos el dicho de Hesiodo, que «conviene pagar los beneficios en la misma moneda, o en mejor, si se puede.» Yo te pagaré con buena voluntad; pero no con un don equivalente, y rué-

gole que me lo perdonen. No puedo ofrecerte frutos nuevos, porque toda la pompa y verdor de mi antigua riqueza se ha agostado y perdido; ni puedo darle tampoco los frutos escondidos y cosechados hace largo tiempo, porque tengo cerrado todo camino para hallarlos, yo que era antes casi el único en poseerlos. Sembremos, no obstante, algo, aunque sea en inculto y desdeñado suelo, y cultivémoslo con tal amor y diligencia, que con los frutos podamos corresponderá la riqueza de tus dones. Quizá suceda a nuestro ingenio lo que al campo, «que suele producir mejores frutos después de haber descansado muchos años.»

A esto replicó Ático: «Esperaré que cumplas tu promesa, y muy grato me será verla cumplida, no tanto por mi bien, como por el tuyo.

-Yo también, continuó Bruto, me holgaré de que cumplas lo que a Ático tienes prometido, y quizá me convierta voluntariamente en procurador suyo, aunque él no quiera exigirle el forzoso cumplimiento.

-No pagaré tal deuda, Bruto, repliqué, si antes no me prometes no empeñarte en peticiones ajenas.

-A fe que ni aun eso me atrevo a prometerte, contestó, porque conozco que este mismo, que no quiere pasar por importuno solicitador, ha de ser, sin embargo, asiduo y molesto hasta que alcance de tí lo que desea.

-Verdad dice Bruto, añadió Pomponio, y ya que te encuentro más alegre que de ordinario, y Bruto se ha encargado de reclamar en mi nombre lo que me debes, vuelvo a unir mis ruegos a los suyos.

-¿Qué queréis, pues?

-Que escribas algo, ya que hace tanto tiempo callas. Nada tuyo hemos recibido después de aquellos libros *De la República*, que despertaron en nosotros el deseo de compendiar los antiguos anales. Ahora, si tienes espacio y el ánimo tranquilo, respondo a lo que te preguntaremos.

-¿Y qué es ello? dije.

-Lo que en el Tusculano comenzaste acerca de la historia de los oradores; cuándo comenzaron a florecer, y cuál es el mérito de cada uno. Me acuerdo que referí a Bruto esta conversación tuya, o, por mejor decir, nuestra, y manifestó grandes deseos de volver a oírla. Para

eso elegimos este día, que sabíamos que tenías desocupado. Repítenos, pues, a Bruto y a mí, si no te es molesto, lo que entonces comenzaste a tratar.

-Procuraré satisfaceros, si puedo.

-Podrás ciertamente, si por un breve rato sosiegas tu ánimo.

-Acuérdome, Pomponio, que aquella conversación nació de haber dicho yo que Bruto había defendido elocuentísimamente la causa del fidelísimo y óptimo rey Deyotaro.

-Por ahí comenzaste, dijo Ático, lamentándote de la suerte de Bruto, y de la soledad y abandono de la tribuna y del foro.

-Sí que lo hice, y con frecuencia torno a considerar, oh Bruto, qué suerte estará deparada a tu admirable genio, exquisita doctrina y aplicación singular. Cuando estabas versado en los más altos negocios, y nuestra edad se inclinaba, digámoslo así, en tu presencia, y abatía las fascas ante tí, comenzó a decaer todo en nuestra ciudad y a enmudecer la elocuencia.

-Siento, respondió Bruto, las demás calamidades, y mucho debemos dolernos de ellas; pero en cuanto a la elocuencia, no me deleita tanto el fruto y la gloria como el estudio mismo y el ejercicio, y esto nadie me lo podrá arrebatar, sobre todo abundando tú en las mismas aficiones. Nadie puede hablar bien, sino el que juzga rectamente. Por eso el que ama y procura la verdadera elocuencia, anhela también la sabiduría, de la cual nadie puede prescindir impunemente, aun en medio de las luchas más encarnizadas.

-Bien dices, Bruto, interrumpí yo, y tanto más me agrada ese elogio de la oratoria, cuanto que nadie hay tan humilde que no espere alcanzar ó no juzgue haber alcanzado las demás cosas que se tienen por de grande honra en la república; pero a nadie le ha hecho elocuente la victoria. Mas si os place que nuestra conversación sea detenida y sosegada, sentémonos ante todo.»

Parecióles bien lo que yo decía, y tomamos asiento en el prado junto a la estatua de Platón.

Entonces comencé a decir: «No es propio de este lugar ni necesario hacer el elogio de la oratoria, ni ponderar su fuerza y la gloria y digni-

dad que procura a los que en ella se aventajan. Solo diré, sin ninguna duda, que adquiriéndose por el arte, por el ejercicio o por la naturaleza, es la cosa más difícil de todas. Cada una de las cinco partes en que suelen dividirla, es por sí un arte muy dificultoso. Juzgad cuánto lo será el llegar a reunir las cinco.

»Testigo sea la Grecia. Con haber sido tan amante de la elocuencia y haberse aventajado en ella a los demás pueblos, vió florecer y fructificar todas las artes antes que la copia y gala del bien decir. Cuando en ella pienso, amigo, Ático, vuela mi mente a tu querida Atenas, donde por primera vez brillaron oradores y empezó a conservarse por escrito su poderosa palabra. Y con todo, antes de Pericles, de quien quedan algunos discursos, y de Tucídides (los cuales, uno y otro, florecieron no en los orígenes sino en el apogeo de Atenas), no hay escrito alguno en prosa que tenga ornato de dicción y merezca el nombre de oratorio. Es común opinión, sin embargo, que Pisistrato, anterior a éstos en muchos años, y Solon, que todavía lo fue más y después Clístenes hablaron tan bien cuanto lo permitía su época. Algunos años después, según puede conjeturarse por los monumentos áticos, floreció Temístocles, tan insigne por la fuerza de la palabra como por la prudencia. A éste sucedió Pericles, por tantas razones celebrado, y más que por ninguna, por ésta. El mismo tiempo alcanzó Cleon, ciudadano turbulento, pero elocuente. A su lado brillaron Alcibíades, Critias, Terámenes. Del gusto que en esta edad reinaba, puede juzgarse por los escritos de Tucídides, que también escribió entonces. Solemnes en las palabras, abundantes en las sentencias, breves y concisos, y por lo mismo, oscuros a veces.

»Entonces también, observando el valor que tenía todo bien elaborado discurso, surgieron los primeros maestros de retórica: Gorgias Leontino, Trasímaco de Calcedonia, Protágoras de Abdera, Pródico de Ceo, Hipias de Elea, y otros muchos que prometían con arrogancia enseñar el arte de *hacer superior, por el modo de defenderla, la causa inferior*.

»A ello se opuso Sócrates, que refutaba las pretensiones de éstos con cierta agudeza de dicción. De su enseñanza salieron doctísimos

varones, y entonces, según dicen, nació la verdadera filosofía, no la que trata de las cosas naturales (que esta era más antigua), sino la que discurre acerca de los vicios y virtudes, y vida y costumbres de los hombres. Pero como este género difiero tanto del que ahora estudiamos, guardemos a los filósofos para mejor ocasión, y volvamos a los oradores.

»Con la vejez de los ya citados coincidió la aparición de Isócrates, cuya escuela fue como el taller y oficina para toda la Grecia. Grande orador, gran maestro, aunque nunca se encendió con el sol del foro, y vivió encerrado entro paredes. Así y todo, consiguió tal gloria, que nadie le ha igualado después. Escribió mucho y muy bien; adoctrinó a muchos, y entre las cosas que supo primero que nadie, debe contarse el arte de dar número y armonía a la prosa, sin tropezar en el metro. Antes de él, nadie había hecho estudio de la estructura de las palabras, y de la construcción de los períodos, y si alguna vez acertaban, parecía acierto casual, y por esto mismo más laudable que si se fundase en razón y observaciones. La naturaleza misma tierra y redondea los períodos, y hace que las cadencias sean armoniosas. El oído distingue y se complace en lo que es lleno y numeroso, y el aliento mismo señala necesariamente ciertas pausas, que no se pueden infringir sin grave y reprensible defecto.

»Entonces floreció también Lisias, no versado tampoco en las causas forenses, pero agudo y elegante escritor, a quien casi puede llamarse orador perfecto, sólo inferior a Demóstenes, porque a éste falta muy poco para la soberana perfección. En las causas que dejó escritas, no se echa de menos ningún género de agudeza, de habilidad o ingenio: nadie ha hablado con más lucidez, sobriedad, corrección y agrado: nadie tampoco ha sido más grandioso, más vehemente y arrebatado, ni más pródigo en riquezas y esplendores de dicción.

»No lejos de él descuellan Hipérides, Esquines, Licurgo, Dinareo, Démades (de quien no queda ningún escrito), y otros muchos. Esta edad fue la más rica de todas, y hasta ella se mantuvo incorrupto el vigor y la sangre del estilo, la natural y no postiza elegancia.

»A estos ancianos sucedió el joven Demetrio Falereo, más erudito en verdad que todos, pero hábil para la palestra y no para las armas. Por eso deleitaba a los Atenienses y no los inflamaba. Había salido al sol y al polvo, no desde una tienda militar, sino de la sombría escuela del doctísimo Teofrasto. Él fue el primero en hacer muelle y femenina la oración: quiso ser elegante más que elocuente, y su elegancia fue de la que adormece los ánimos, no de la que los conmueve y deja clavado el aguijón en la memoria de los oyentes, como de Pericles escribió Eúpolis.

»¿Veis cuánto tardó en desarrollarse la elocuencia en la misma ciudad donde fue nacida y educada? ¿Veis que hasta el tiempo de Solon y de Pisistrato, nadie logró fama de elocuente? Y éstos, aunque antiguos, comparados con la edad del pueblo romano, son modernos respecto de la antigüedad de Atenas, y aunque vivieron en tiempo de Servio Tulio, ya llevaba Atenas muchos más siglos de existencia que los que tiene Roma al presente. Creo, sin embargo, que fue grande: en todos tiempos el poder de la palabra. De otra suerte, ¿cómo hubiera encarecido tanto Homero la elocuencia de Ulises y de Néstor, atribuyendo al uno energía, y al otro suavidad, si entonces no hubieran estado en grande aprecio las facultades oratorias? El mismo Homero hubiera sido un grande orador. Y aunque la época en que floreció es incierta, consta siempre que fue muchos años antes que Rómulo, y antes que el primer Licurgo, legislador de Lacedemonia.

»Aún se vislumbra que debió de ser mayor el estudio y el arte en Pisistrato. Un siglo más adelante florece Temístocles, muy antiguo para nosotros, moderno para los Atenienses. Alcanzó los mejores tiempos de Grecia, mientras que nosotros apenas acabábamos de libertarnos de la tiranía de los reyes. La guerra de los Volscos, en que intervino el desterrado Coriolano, es casi contemporánea de la guerra de los Persas, y los varones que en una y otra intervinieron parécense en la mala fortuna, porque entrambos, con ser ilustres ciudadanos, se pasaron al enemigo movidos por la injusticia de su pueblo, y sólo dieron reposo a sus iras con voluntaria muerte. Pues aunque tú, Ático, refieras de otra

manera la muerte de Coriolano, me has de permitir que siga la común opinión.»

Entonces me interrumpió riéndose: «Por mí puedes hacerlo, si gustas, ya que siempre fue lícito a los retóricos mentir algo en cosas de historia, para hacer más amenos sus discursos. Lo que dices de Coriolano, lo fingieron también de Temístocles Clitarco y Stratocles. Y por más que Tucídides, que era Ateniese y de noble familia, y muy bien informado y no muy posterior, dice tan sólo que Temístocles murió y fue enterrado secretamente en el Ática, y que corrieron sospechas de que se había suicidado con veneno, añaden éstos que inmoló un toro, y recogió la sangre en una copa, y habiéndola bebido murió. Sin duda les pareció esta muerte retórica y trágica, al paso que la otra muerte vulgar no ofrecía materia alguna de exornación. Pero si te cuadra sostener que todo fue igual en Temístocles y en Coriolano, por mi parte te cedo todo, incluso la copa y la víctima, para que en todo sea Coriolano otro Temístocles.

-Sea como gustares, contesté, y de aquí en adelante estudiaré con más cautela la historia romana, siguiéndote a tí, a quien puedo llamar el más concienzudo de los analistas. Volviendo a mi asunto, diré que Pericles, hijo de Xantipo, fue el primero en aplicar los conocimientos filosóficos a la elocuencia, y educado por el físico Anaxágoras, descendió de las materias más recónditas y abstrusas al foro y a las causas populares. Su elegancia encantó a los Atenienses, y admiraron la riqueza y copia de su estilo, su fuerza en el decir y el terror que infundía.

»Esta primera edad de la elocuencia produjo, pues, en Atenas un orador casi perfecto. Porque no en los que constituyen y organizan la república, ni en los que hacen la guerra, ni en los que viven sometidos a la dominación de los reyes suele nacer jamás el anhelo de la elocuencia. Esta es compañera de la paz y de la libertad; es como alumna de las ciudades bien constituidas. Por eso dice Aristóteles, que cuando fueron desterrados de Sicilia los tiranos, y tornó, tras largo intervalo, la libertad de los juicios; el natural y despierto ingenio de los Sicilianos, dados a toda controversia y disputa, hizo nacer el arte y los preceptos, que escribieron Córax y Tisias. Porque antes nadie hablaba con arte y

esmero, aunque muchos escribieron admirablemente. Protágoras dejó una colección de *disputaciones* o *lugares comunes*, que decimos ahora. Gorgias compuso elogios y vituperios de muchas cosas, porque creía que el principal oficio del orador es encarecer el valor de una cosa con alabanzas o rebajarla con vituperios. Cosas por el estilo escribió Antifon Ramnusio, de quien dejó consignado su discípulo Tucídides que nadie se defendió mejor que él de una acusación capital en causa propia. Lisias fue el primero en sostener que había un arte oratorio; después prescindió del arte y se dio a escribir oraciones para otros, viendo que Teodoro era docto en el arte, pero pobrísimo en los discursos. Por el contrario, Isócrates sostuvo al principio que semejante arte no existía, y se ejercitó en componer discursos para quien se los encargaba; pero habiendo sido llamado a juicio como contraventor de la ley, que mandaba que cada uno defendiese su causa, dejó de hacer oraciones, y se dedicó enteramente al arte.

»Ya ves los orígenes de la elocuencia entre los Griegos, antiguos si se comparan con nuestros anales, modernos con relación a los suyos. Antes que Atenas cobrara amor a la elocuencia, había llevado a cabo muchas y memorables acciones en paz y en guerra. Y aun ese estudio no era común en Grecia, sino propio y exclusivo de los Atenienses. ¿Quién tiene noticia de ningún orador argivo, corintio ó tebano, a no ser que contemos en ese número al docto Epaminondas? De Lacedemonia no sé que saliera ninguno hasta nuestros tiempos. A Menelao le elogia Homero, como a hombre de pocas aunque dulces palabras. Y aunque la brevedad merezca alabanza en algunas partes del discurso, no así en su totalidad.

»Fuera de Grecia, no dejó de haber grandes estudios de Retórica, y alcanzó el nombre de orador gloria no pequeña. Mas así que la elocuencia salió del Pireo, peregrinó todas las islas y llegó hasta el Asia, se fue contagiando con las costumbres extranjeras, y perdiendo aquella sanidad y pureza de la dicción ática. Y no por eso son despreciables los oradores asiáticos: tienen rapidez y elegancia, pero son redundantes y nada sobrios. Los Radios son de mejor gusto y se parecen más a los

Áticos. Pero baste ya de los Griegos, aunque esto mismo no era necesario para nuestro propósito.

-No sé si era necesario, respondió Bruto; pero ciertamente ha sido agradable, y se nos ha hecho muy corta la digresión.

-Sea en hora buena, dije yo; pero vengamos a los nuestros, de quienes es difícil conjeturar más de lo poco que resulta de los monumentos.

»¿Quién creará que faltó prontitud e ingenio a Lucio Bruto, cabeza de vuestra familia, el que tan aguda y atinadamente interpretó el oráculo de Apolo, cuando le mandaba besar a su madre, y ocultó con apariencias de locura su prudencia suma; y expulsó a un rey poderosísimo, hijo de otro rey todavía más ilustre, y librando la ciudad de una dominación perpetua, la sujetó a magistrados anuales, a leyes y fórmulas de juicios; y destituyó del poder a su colega para borrar de la ciudad hasta la memoria del nombre real; todo lo cual no hubiera podido conseguir ciertamente sin el poder de la palabra?

»Vemos también que pocos años después de la expulsión de los reyes, cuando la plebe se retiró a la orilla del Anio, junto al tercer millario, y ocupó el monte que llaman Sacro, el dictador Marco Valerio calmó con su palabra la discordia, y por esto se le tributaron grandísimos honores y fue el primero que recibió el nombre de Máximo. Ni creo que faltó elocuencia a Lucio Valerio Potito, que con leyes y oraciones mitigó la indignación del pueblo contra los senadores, después de la tiranía de los decenviros.

»Podemos sospechar también que era elocuente Apio Claudio, puesto que hizo mudar de parecer al Senado, que se inclinaba ya a la paz con Pirro. Y debió de serlo también Cayo Fabricio, que fue de embajador a Pirro para tratar del canje de los prisioneros; y Tito Coruncanio, de quien consta por los anales de los Pontífices que fue de grande ingenio; y Marco Curio, que siendo tribuno de la plebe, y celebrando el interrey Apio el Ciego comicios contra ley cuando no había cónsules plebeyos, obligó a los senadores a anular aquel acto, lo cual fue grande atrevimiento, porque aún no se había promulgado la ley Menia.

»También puede conjeturarse algo del ingenio de Marco Popilio, que siendo cónsul, y haciendo un sacrificio público, como *Flamen Carmentái* que era, recibió noticia de que la plebe estaba amotinada contra los patricios, y en seguida; vestido aún con el traje sacerdotal, se presentó en él foro y calmó la sedición con su autoridad y con su palabra. Pero no me acuerdo de haber leído que a ninguno de éstos se los llamara entonces oradores, ni que hubiera premio alguno para la elocuencia; sólo por conjeturas me inclino a sospecharlo.

»Dícese también que Cayo Flaminio, el que, siendo tribuno de la plebe, dio una ley sobre la partición del campo Gálico y Piceno, y siendo cónsul murió en la batalla del lago Trasimeno, dominaba al pueblo con su palabra. En aquel tiempo pasaban también por oradores Quinto Máximo Verrucoso, y Quinto Metelo, que en la segunda guerra púnica fue cónsul con Lucio Veturio Filon.

»Pero el primero de quien claramente conste que fue elocuente, y que se le tuvo por tal, es Marco Cornelio Cetego, de cuya elocuencia testifica un tan excelente juez como Quinto Ennio, que le había oído y que le elogió cuando ya Cetego había muerto: lo cual aleja toda sospecha de que la amistad le cegara. Dice así, si mal no recuerdo, en el libro nono de sus Anales: «El orador de suave palabra, Marco Cornelio Cetego, colega de Tuditano, hijo de Marco.» Le llama orador, le atribuye suavidad de palabra, cualidad que ahora mismo es muy rara, porque los oradores ladran más bien que hablan. En verdad que no es éste el menor elogio que de un orador puede hacerse. Y prosigue Ennio: «A éste llamaron los hombres de aquella edad la flor y la nata del pueblo.» Y con razón en verdad. ¡Pues así como la gloria de un hombre es el ingenio, así la luz del ingenio es la elocuencia, y al varón que en ella sobresalía, acertaron los antiguos en llamarle flor del pueblo. Y añade Ennio que también le llamaban *Médula de la persuasión*, a la manera que Eúpolis dejó escrito que la diosa de la persuasión moraba en los labios de Pericles. Este Cetego fue cónsul con Publio Tuditano en la segunda guerra púnica, siendo cuestor Marco Caton, es decir, ciento cuarenta años antes de mi consulado, y a no ser por el testimonio de Ennio, hubiera sepultado el olvido su memoria como la de tantos otros.

Cuál era el estilo de aquella edad, puede juzgarse por los escritos de Nevio, que murió en ese consulado, según resulta de los antiguos anales, por más que nuestro Varron, diligentísimo investigador de la antigüedad, piense que en esto hay error, y alargue más la vida de Nevio. Porque Plauto murió siendo censor Caton, en el consulado de Publio Claudio y Lucio Porcio, veinte años después que los cónsules que antes dije. A este Cetego sigue en antigüedad Caton, que fue cónsul nueve años después de él, y murió en el consulado de Lucio Marcio y Marco Manilio, ochenta y tres años antes de ser yo cónsul.

»No puedo presentar escritos de ningún orador antiguo, como no sea la oración de Apio el Ciego sobre Pirro, y algunos elogios fúnebres; y a fe mía que de éstos quedan muchos, porque las mismas familias los guardaban como recuerdos y monumentos, ya para hacer uso de ellos cuando alguno del mismo linaje moría, ya para memoria de sus hazañas domésticas, ya para testimonio de su nobleza. Estos elogios sólo han servido para llenar de mentiras nuestra historia. En ellos están escritas mil cosas que nunca fueron: falsos triunfos, muchos consulados y genealogías falsas; como que no pocos hombres de la ínfima plebe se atribuían el nombre y la gloria de ilustres familias, como si yo dijera que descendía del patricio Marco Tulio, que fue cónsul con Servio Sulpicio diez años después de la expulsión de los reyes.

»Las oraciones de Caton no son menos que las del ático Lisias. Y le llamo Ático, porque ciertamente nació y vivió y murió en Atenas; aunque Timeo, como si se fundase en la ley Licinia o Mucia, quiere hacerle Siracusano: y hasta en esto hay alguna semejanza entre Caton y Lisias. Los dos son agudos, elegantes, ingeniosos y concisos; pero el Griego es más afortunado en todo. Tiene ciertos admiradores que no se fijan tanto en el gallardo arreo de sus discursos como en la elegancia, y se contentan con aquel estilo tenue y sutil, por más que Lisias tenla a veces tanto nervio como cualquier otro orador.

»Pero a Caton, ¿quién de nuestros oradores actuales le lee, ni le conoce siquiera? Y sin embargo, ¡qué hombre tan grande, oh Dioses! No le considero ahora como ciudadano, como senador o como general. Hablo sólo del orador. ¿Quién más grave que él en los elogios? ¿Quién

más acre en los vituperios, más agudo en las sentencias, más sutil en el razonamiento? Conozco de él más de ciento cincuenta oraciones llenas de palabras y sentencias notables. Eligiéndolas con buen gusto, se hallarán en él todas las cualidades oratorias. ¿Y sus *Orígenes* carecen por ventura de alguna flor o lumbré de elocuencia? Ya sé que le faltan aficionados, como faltan hace mucho siglos a Philisto Siracusano, y al mismo Tucídides. Porque la concisión, a veces oscura, de éstos, y su brevedad y excesiva agudeza las oscureció Teopompo con la alteza y esplendidez de sus discursos, y lo mismo ha sucedido a Catón con los que después en estilo más elevado y pomposo han escrito. Y aquí es de notar, que ponderando tanto la agudeza de los Áticos en Hipérides y en Lisias, no la quieren reconocer en Catón. Dicen que se deleitan con el estilo ático. Hacen bien; pero ojalá que imitasen no sólo los huesos sino también la sangre. Agrádame, sin embargo, lo que pretenden. Pero ¿por qué admiran tanto a Hipérides y a Lisias y no se acuerdan de Catón? Se dirá que su lenguaje es anticuado, y rudas sus palabras. Así se hablaba entonces. Corrige tu lo que él no pudo corregir, añade la armonía y la composición de las palabras, de que los mismos Griegos antiguos no se cuidaban, y no encontrarás ninguno superior a Catón. Es admirable el acierto y la frecuencia con que emplea las traslaciones que los Griegos llaman tropos, y las figuras de dicción y de sentencia que apellidan schemas.

»No ignoro que todavía no es un orador culto, y que se concibe mayor perfección, como que es tan antiguo comparado con nosotros, que antes de él no hay escrito alguno digno de leerse. En todas las artes se estima mucho a los que dieron los primeros pasos. ¿Quién no conoce que las estatuas de Canaco son demasiado rígidas, y no imitan con verdad? Las de Calamis son todavía duras, pero menos que las de Canaco: las de Miron se acercan más a la verdad, y casi pueden llamarse bellas: las de Polícleto son todavía más hermosas y casi pueden decirse perfectas. Lo mismo sucede en la pintura, donde aplaudimos las formas y las líneas de Ceusis, de Polígnoto, de Timantes y de todos los demás que sólo usaron cuatro colores. Pero en Aecio, Nicomaco, Protógenes y

Apeles, es ya todo perfecto. Pienso que en todas las demás artes sucede lo mismo, porque nada ha sido inventado y perfeccionado en un día.

»No ha de dudarse que antes de Homero hubo poetas, según puede colegirse por los versos que supone que se cantaban en la mesa del rey de los Feacios, y en la de los pretendientes de Penélope. ¿Y dónde están nuestros antiguos versos «los que en otro tiempo cantaban los Faunos y los sacerdotes, cuando nadie había superado los escollos de las musas, ni era estudioso del ritmo?» Así dice Ennio, y se gloria no sin razón, porque las cosas pasaron como él las cuenta. *La Odisea* latina es como el laberinto de Dédalo, y las fábulas de Livio Andrónico no valen la pena de leerse dos veces. Este Livio fue el primero que escribió una comedia, un año antes que naciera Ennio, en el consulado de Cayo Clodio (hijo del Ciego), y de Marco Tuditano, el año 514 de la fundación de Roma, según dice Ático, a quien yo sigo, ya que hay controversia entre los escritores sobre la cuenta de los años. Accio escribe que Livio fue hecho prisionero por Quinto Máximo en la toma de Tarento, treinta años después de la fecha en que ponen la representación de aquella comedia Ático y los anales antiguos, y sostiene que fue representada once años después, en el consulado de Cayo Cornelio y Quinto Minucio, en los juegos que Livio Salinator había prometido con ocasión de la batalla de Sena. En esto Accio cometió un grave yerro, porque en tiempo de esos cónsules tenía once años Ennio, y en ese caso hubiera sido Livio posterior a Plauto y a Nevio, que habían escrito muchas comedias antes de ese consulado.

»Y si esto no te parece pertinente al asunto, oh Bruto, echa la culpa a Ático, que excitó en mí el deseo de estudiar la cronología de las vidas de los grandes hombres.

-A mí, dijo Bruto, me deleita mucho esa cronología, y creo que para la claridad es muy conveniente dividir en épocas a los oradores.

-Bien dices, contesté, Bruto, y ojalá existiesen aquellos versos que, según nos dejó escrito Catón en sus *Orígenes*, se cantaban muchos siglos antes de él en los convites. Y la misma guerra púnica de Nevio, a quien cuenta Ennio entre los faunos y profetas, nos deleita como si fuese una obra de Miron. Sea en buen hora Ennio más perfecto, pero de

seguro que si hubiera despreciado absolutamente a su predecesor, no hubiera omitido la primera guerra púnica entre tantas como describió. Él alega por razón que ya otros la habían escrito en verso. Ciertamente que sí, y en buenos versos, aunque menos cultos que los suyos, que tomó muchas cosas de Nevio, confesándolo, o las robó sin confesarlo.

»En tiempo de Catón florecieron, aunque eran de más edad que él, Cayo Flaminio, Cayo Varrón, Quinto Máximo, Quinto Metelo, Publio Léntulo, Publio Craso, que fue cónsul con Escipión el primer Africano. Sabemos que el mismo Escipión no era torpe ni inculto para hablar. Su hijo, el que adoptó al otro Escipión hijo de Paulo Emilio, hubiera pasado por muy elocuente si las dotes del cuerpo le hubiesen acompañado. Así lo indican sus breves oraciones, y la historia que escribió en griego, en estilo muy dulce.

»Tampoco debe omitirse a Sexto Elio, sapientísimo en el derecho civil, pero al mismo tiempo hábil en la oratoria. Entre los de menor edad ha de contarse a Cayo Sulpicio Galo, que se dedicó más que ningún otro patricio a las letras griegas, y pasó por buen orador y por hombre culto y elegante en todo. Su estilo era ya más fogoso y espléndido. Siendo él pretor, y celebrando los juegos de Apolo, en el consulado de Quinto Marcio y Cneo Servilio, murió Ennio poco tiempo después de haber hecho representar su tragedia de *Tiestes*.

»El mismo tiempo alcanzó Tiberio Graco, hijo de Publio, que fue dos veces cónsul y censor, y del cual se conserva una oración griega pronunciada ante los Rodios. Consta que fue grande y elocuente ciudadano. Tuvieron también fama de elocuentes Publio Escipión Nasica, por sobrenombre Córculo, el cual fue dos veces cónsul y censor; Lucio Léntulo, que fue cónsul juntamente con Cayo Fígulo, Quinto Nobilior, hijo de Marco, dedicado como su padre al estudio de las letras, el cual, siendo triunviro para establecer una colonia, otorgó el derecho de ciudadanía a Quinto Ennio, que había militado con su padre en Etolia; y Tito Annio Lusco, colega de Quinto Fulvio.

»También Lucio Paulo, padre del Africano, hablaba como conviene a un varón principal. Alcanzó la era de Catón, que murió a los sesenta y cinco años, habiendo pronunciado ante el pueblo el mismo año

de su muerte una tremenda inventiva contra Servio Galba, la cual conservamos hoy escrita.

»En vida de Catón florecieron a un tiempo muchos oradores más jóvenes que él. Auto Albino, el que escribió en griego una historia, y fue cónsul con Lucio Lúculo, tuvo reputación de hombre literato y docto, y también Servio Fulvio, y Servio Fabio Pictor, muy versado en el derecho y en las letras y en la antigüedad; Quinto Fabio Labeón obtuvo casi las mismas alabanzas. Y fue tenido por excelente orador Quinto Metelo (cuyos cuatro hijos fueron cónsules), que defendió a Lucio Cota de las acusaciones de Escipión el Africano. Quedan otras oraciones tuyas, entre ellas una contra Tiberio Graco, copiada en los anales de Cayo Fannio.

»No alcanzaron menos fama de elocuentes el mismo Lucio Cota, y Cayo Lelio, y Publio Escipión el Africano, de quienes quedan algunos discursos, bastantes para juzgar de su ingenio. Pero a todos los de su tiempo se aventajó sin controversia Servio Galba, que fue el primero de los latinos en lograr todos los efectos oratorios, el primero en atender al ornato del discurso, en deleitar los ánimos, en conmover, en amplificar, en excitar las pasiones y en usar de los lugares comunes. Pero no sé por qué fatalidad los discursos tuyos que hoy tenemos son más áridos y tienen más aire de antigüedad que los de Lelio, los de Escipión o los del mismo Catón: por eso están casi olvidados.

»Aunque lo mismo a Lelio que a Escipión se les concede por todos el lauro del ingenio, no ha de negarse que Lelio lo merece más. Y, sin embargo, la oración de Lelio sobre los colegios sacerdotales no es mejor que cualquiera de las de Escipión, y no porque deje de tener austeridad religiosa, sino porque el estilo es mucho más horrible y vetusto que el de Escipión. Depende esto, a mi ver, de que Lelio se inclinaba más a la imitación de los antiguos y le agradaba usar de palabras arcaicas.

»Pero suelen resistirse los hombres a reconocer en una sola persona actitudes diversas. Y así como todos confiesan la superioridad militar de Escipión el Africano, por más que sepamos que Lelio demostró gran valor y pericia en la guerra de Viriato, así los antiguos atribuyen a

Lelio la superioridad en ingenio, letras, elocuencia y sabiduría; y pienso que no sólo por el juicio ajeno sino por el de ellos mismos, vino a hacerse esta especie de distribución. Porque como era entonces la gente más modesta y candorosa fácilmente otorgaba a cada uno lo suyo.

»Recuerdo haber oído contar en Esmirna a Publio Rutilio Rufo, que siendo él muy joven, se mandó por *senatusconsulto* que los cónsules Publio Scipion y Décimo Bruto, hiciesen información sobre un crimen grave y atroz. Era el caso que en la selva Stancia se había dado muerte a ciertos hombres muy conocidos, y se sospechaba de los siervos, y aun de algunos hombres libres que tenían la contrata de la pez, otorgada por los censores Publio Cornelio y Lucio Mummio. Defendió Lelio la causa de los arrendadores con tanto esmero y elegancia como solía. Habiendo prolongado los cónsules la decisión de la causa, volvió a los pocos días Lelio a hablar todavía mejor y con más arte, y tornaron los cónsules a dilatar el negocio. Al volver a su casa Lelio, acompañado de sus amigos que la daban las gracias y le rogaban que no se fatigase, díjoles que había puesto todo esmero en la defensa por tratarse del honor de ellos, pero que creía que aquella causa debía defenderla Servio Galba, porque tenía más fuerza y vehemencia en el decir. Y así movidos por la autoridad de Cayo Lelio, los publicanos llevaron la causa a Galba. Él dudó en aceptarla, por tener que hablar después de tan gran varón como Lelio. Pasó medio día en considerar y meditar la causa, y en la mañana del día señalado para la vista, el mismo Rutilio vino a casa de Galba a ruego de sus compañeros para recordarle que se pasaba el tiempo, y le encontró con algunos siervos ocupados en escribir lo que él les dictaba, pues podía dictar a varios a un tiempo. Cuando llegó la hora, salió de su casa con tal calor y tales ojos, que parecía que había defendido ya la causa. Con él salieron sus escribientes fatigados de tanto trabajo. ¿Y qué más? Con grande expectación de todos, en presencia de muchos y entre ellos el mismo Lelio, defendió su causa Galba con tanta fuerza y gravedad, que casi ninguna parte de su discurso fue oída en silencio, y de tal manera logró mover la compasión, que aquel día salvó de toda pena a sus defendidos.

»De esta narración de Rutilio puede inferirse que siendo dos las principales cualidades del orador, la una disputar sutilmente, y la otra conmover los ánimos de los oyentes, lo cuales de efecto mucho más seguro, tuvo Lelio elegancia, Galba fuerza; lo cual se conoció principalmente cuando habiendo dado muerte a muchos Lusitanos contra la fe de los tratados, siendo pretor, le acusó ante el pueblo el tribuno Lucio Libon, y Marco Caton, ya en su extrema vejez, pronunció contra él un largo discurso, que reprodujo en sus *Orígenes* pocos días o meses antes de morir. Entonces Galba, renunciando al derecho de propia defensa e implorando la fe del pueblo romano, lo presentó llorando a sus hijos y al de Cayo Galo, cuyas lágrimas movieron a compasión al pueblo, por la reciente memoria de su ilustre padre. Sólo así pudo escapar Galba del suplicio, como dejó escrito Caton en sus *Orígenes*. Del mismo Libon consta que no carecía de facultades oratorias, según podemos juzgar por sus discursos.

»Habiendo hecho yo una pausa después de decir esto, preguntó Bruto:

-¿Cuál es la causa de que habiendo tenido Galba tales condiciones de orador, no resplandecen éstas en los discursos suyos que hoy tenemos, ya que nada podemos juzgar de los que nada absolutamente dejaron escrito?

-No es la misma, respondí yo, la causa de no escribir y la de no escribir tan bien como se habla. Vemos que algunos oradores no escriben nada por desidia, para que el trabajo doméstico no se agregue al forense, y la mayor parte de las oraciones se escriben después de pronunciadas, no para pronunciarse. Otros no trabajan por mejorar su estilo, aunque nada hay que le perfeccione tanto como el escribir, ni se empeñan en dejar a los venideros memoria de su ingenio, antes creen haber conseguido ya bastante gloria o temen que ésta venga a menos si se divulgan y juzgan sus escritos. Otros piensan que escribiendo no harán nunca el mismo efecto que hablando, y esto les sucede a hombres ingeniosos pero indoctos, como el mismo Galba, a quien por ventura, no sólo el poder de su ingenio, sino cierto calor natural de alma le inflamaba y hacía que su estilo fuese grave, arrebatado y vehemente, pero

cuando tomaba la pluma, todo aquel fuego se extinguía, y su discurso resultaba lánguido. Esto no suele acontecer a los que ponen esmero en la forma, y ni hablando ni escribiendo dejan de guiarse por la sana razón. Porque el ardor del alma no puede ser perpetuo, y cuando se apaguen oradores como Galba, toda su fuerza y brillantez desaparece. Por eso el alma de Lelio vivo en sus escritos, pero los de Galba son obra muerta.

»Entre los oradores medianos florecieron los dos hermanos Lucio y Espurio Mummio: de uno y otro quedan oraciones. El estilo de Lucio es más sencillo y anticuado: el de Espurio, sin ser mucho más elegante, es más conciso, porque había sido discípulo de los estoicos. Hay también muchos discursos de Espurio Albino y de Lucio y Cayo Aurelio Oresta, que tuvieron alguna fama de oradores.

»También Poblío Pupilio fue buen ciudadano y hablaba no sin elegancia. Su hijo Cayo fue verdaderamente disertó. Y Cayo Tuditano, elegante y culto en toda su vida y costumbres, lo fue también en el estilo de sus discursos. Lo mismo digo de Marco Octavio, ciudadano muy constante en los mayores peligros, el cual con su paciencia quebrantó las iras de Tiberio Graco. Marco Emilio Porcina floreció casi en los mismos tiempos que Galba, aunque era algo más joven: tuvo fama de gran orador, y fue sin duda, buen escritor, según se ve por sus discursos. Es el primero entre los Latinos que quiso imitar la suave armonía de los Griegos, y que limó algo el estilo. Solían oírle con grande atención dos jóvenes de mucho ingenio, y casi de la misma edad, Cayo Carbon y Tiberio Graco, de quienes diré algo después que trate de los más antiguos. Quinto Pompeyo fue por entonces orador no despreciable, y por su propio mérito, no por la nobleza de sus mayores, llegó a las más altas dignidades.

»No por la elocuencia sino por otras cualidades de palabra influyó mucho Lucio Casio, hombre popular por la misma tristeza y severidad de su carácter. Cuando propuso la ley *Tabelaria* le hizo mucha oposición Marco Antio Briso, tribuno de la plebe, ayudándole el cónsul Marco Lépido. Y entonces se vituperaba mucho a Escipion el Africano por juzgarse que su autoridad había llevado a Briso a semejante pare-

cer. Lo cierto es que los dos Scipiones dominaban mucho a sus clientes, tanto por el entendimiento y la palabra, como por la autoridad. Los escritos de Pompeyo no son de estilo muy seco, aunque se propuso imitar a los antiguos, y están llenos de prudencia.

»Por el mismo tiempo fue orador muy celebrado Publio Craso, que brilló tanto por el ingenio como por el estudio, y tuvo además maestros dentro de su propia casa, pues estaba enlazado por afinidad con el grande orador Servio Galba, con cuyo hijo Cayo había casado a su hija, y siendo hijo de Publio Mucio y hermano de Publio Scévola, había aprendido de ellos el derecho civil. Consta que tuvo mucho arte y mucha gracia para aconsejar y persuadir. Casi de su misma edad eran los dos Cayos Fannios, hijos de Cayo y de Marco. El hijo de Cayo, que fue cónsul con Domicio, dejó un discurso bueno y elegante contra Graco sobre los aliados y el nombre latino. Interrumpióme Atico:

-Pero qué, ¿es de Fannio ese discurso? Porque siendo yo niño, había sobre esto opiniones muy diversas. Unos decían que había sido escrito por Cayo Persio, hombre literato y muy docto, si hemos de atenernos al testimonio de Lucilio: otros decían que muchos buenos oradores habían contribuido, cada cual por su parte, a este discurso.

-Yo también lo he oído decir a muchos ancianos, le respondí, pero nunca he llegado a creerlo, y pienso que la causa de esta sospecha fue que Fannio pasaba por mediano orador, y aquel discurso era el mejor de cuantos entonces se pronunciaron o escribieron. Pero no puede ser obra de muchos, porque el estilo es todo de una misma mano. Y caso de ser Persio el autor, no lo hubiera callado Graco, cuando Fannio le echó en cara lo de Menelao Marateno. Y además Fannio nunca pasó por hombre indocto. Había defendido muchas causas, y su tribuno no careció de gloria, aunque seguía en todo la voluntad de Publio Escipión el Africano.

»El otro Cayo Fannio, hijo de Marco y yerno de Cayo Lelio, fue, así en su carácter como en su estilo, mucho más duro. Quería poco a su suegro, porque no lo había recibido en el colegio de los Augures, y además porque Lelio había preferido para marido de su hija mayor a Quinto Scévola, que era de menor edad que él. Sin embargo, por con-

sejo de su suegro oyó las lecciones de Panecio. Las condiciones de estilo que tuvo pueden juzgarse por su historia, escrita no sin elegancia, aunque tampoco del todo bien.

»El augur Mucio decía, y no mal, lo que pensaba, verbigracia, en la causa de peculado contra Tito Albucio. No se le cuenta en el número de los oradores; pero fue aventajado en el conocimiento del derecho civil y en todo género de prudencia. Lucio Celio Antipatro fue para aquellos tiempos escritor bastante copioso, y docto en el derecho civil, y maestro de muchos, entre ellos de Lucio Craso.

»Ojalá que Tiberio Graco y Cayo Carbon hubieran tenido tanto entendimiento para gobernar la república como ingenio para bien decir. Nadie les hubiera aventajado en gloria. Pero el uno, por su sedicioso tribunado, al cual le había llevado su indignación con todos los buenos a Consecuencia del Tratado de Numancia, fue sentenciado a muerte por la misma república: y el otro, por su perpetua ligereza en la administración de los negocios populares, escapó con muerte voluntaria de la severidad de sus jueces; pero uno y otro fueron grandes oradores. Así consta por unánime testimonio de nuestros padres. Tenemos oraciones de Carbon y de Graco, todavía no bastante espléndidas en las palabras, pero agudas y muy llenas de prudencia. Graco, por diligencia de su madre Cornelia, fue educado desde niño en las letras griegas, y tuvo siempre excelentes maestros, entre ellos a Diófanes de Mitilene, que era entonces el más disertor de Grecia. Pero logró poco tiempo para desarrollar y dar muestras de su ingenio. Carbon se dio a conocer durante toda su vida en muchos juicios y causas. Los hombres de buen gusto que le oyeron, y entre ellos nuestro familiar Lucio Gelio, que decía haber sido camarada suyo en tiempo de su consulado, lo tenían por orador de voz sonora y flexible, bastante agudo y vehemente y a la par dulce y gracioso. A esto se agregaba el cuidadoso esmero que ponía en los ejercicios y en la preparación. Tuvo en su tiempo reputación de excelente abogado, y en su juventud se establecieron las cuestiones perpetuas (porque Lucio Pison, tribuno de la plebe, dió la primera ley sobre la concusión en el consulado de Censorino y Manilio, y este mismo Pison defendió causas, y fue autor o contradictor de muchas

leyes, y dejó oraciones que ya se han perdido, y anales bastante pobremente escritos), y se hicieron también reformas en los juicios populares en que tanto solía intervenir Carbon, mediante una ley dada por Lucio Casio en el consulado de Lépidio y Mancino.

»También Decimo Bruto, de vuestra familia, hijo de Marco, solía hablar no de un modo inculto, y era bastante docto en letras griegas y latinas para lo que aquellos tiempos consentían: así se lo oí contar muchas veces a mi familiar el poeta Lucio Accio, que extendía este mismo elogio a Quinto Máximo, sobrino de Lucio Paulo. Y aun dicen que aquel Máximo Escipion, autor de la muerte de Tiberio Graco, así como fue vehemente en todo, lo era también en sus discursos.

»También de P. Léntulo, príncipe del Senado, que floreció por entonces, cuentan que tuvo la facilidad de decir necesaria para el gobierno de la república. Lucio Furio Filon hablaba muy bien el latín, y con más literatura que los demás. Publio Escévola con mucha prudencia, cuidado y aun abundancia, y no menos Marco Manilio. El estilo de Apio Claudio era flexible, y a veces encendido y arrebatado. No pasaron de medianos Marco Fulvio Flaco, y Cayo Caton, hijo de una hermana de Escipion el Africano. Los escritos de Flaco son como de un aficionado a las letras. Émulo de Flaco fue Publio Decio, tan turbulento en sus discursos como en su vida.

»Marco Druso, hijo de Cayo, que en su tribunado venció a Cayo Graco, tribuno entonces por segunda vez, fue varón grave en letras y autoridad, y lo mismo Cayo Druso, su hermano. Poca más edad tenía Marco Penno (de tu familia, Bruto), que también en su tribunado hizo la oposición a Graco. Fue tribuno en el consulado de Marco Lépidio y Lucio Orestes, siendo cuestor Graco. Era hijo Penno de aquel Marco que fue cónsul con Quinto Elio. Esperaba los más altos honores; pero murió siendo edil.

»A estos nombres deben añadirse los de Cayo Curion, Marco Scauro, Publio Rutilio y Cayo Graco. De Seauro y Rutilio hay que decir algo, aunque sea brevemente, porque ni uno ni otro tuvieron fama de grandes oradores, aunque los dos defendieron muchas causas. No les faltó ingenio; pero sí ingenio oratorio. No basta saber lo que se ya a

decir, sino cómo se puede decir con elegancia y soltura. Y aun no basta esto, sino que es necesario que vaya compuesto y aderezado con la voz, el ademán y el gesto. ¿Y qué diré de la doctrina y del arte? Sin él, aunque la naturaleza inspire rasgos felices, será por casualidad, y muy de tarde en tarde.

»En los discursos de Scauro, hombre de sabiduría y rectitud, advertíase mucha y natural gravedad, de tal suerte que no parecía que defendía a un reo, sino que daba testimonio en juicio. Este modo de decir no es muy propio de las causas forenses; pero lo es mucho del Senado, del cual fue príncipe. Mostraba no sólo su prudencia, sino la buena fe, que daba prestigio a sus palabras. Había recibido de la naturaleza lo que el arte no puede dar, aunque sobre esto mismo se hayan querido formular preceptos. Quedan de él oraciones, y tres libros a Lucio Fufidio acerca de su vida, muy útiles aunque nadie los lee. Leen en cambio la vida y educación de Ciro, obra, a la verdad, excelente; pero no tan acomodada a nuestras costumbres, ni tan digna de alabanza como la de Scauro. El mismo Fufidio tuvo alguna reputación de abogado.

»Rutilio se ejercitó en un género de elocuencia, triste y severo, aunque era por naturaleza vehemente y acre, lo mismo que Scauro. Y por eso cuando pretendieron juntos el consulado, no sólo acusó el vencido a su competidor de soborno, sino que, absuelto Scauro, llamó a juicio a Rutilio. Grande fue la actividad y laboriosidad de éste, y tanto más de aplaudir, cuanto que vivía ocupado en la tarea de responder a las consultas. Hay de él oraciones en estilo muy árido, y buenos escritos de Derecho. Fue varón docto y sabedor de las letras griegas, discípulo de Panecio, casi perfecto en la disciplina estoica, cuyo estilo es muy agudo y lleno de arte, pero seco y no acomodado a los oídos del pueblo. Además, el concepto que estos filósofos tienen de sí mismos estaba tan arraigado en este hombre, que habiendo sido capitalmente acusado con ser hombre inocentísimo, no quiso tomar por defensores a Lucio Craso ni a Marco Antonio, elocuentísimos varones de aquella edad. Habló él por sí, y algo dijo también en defensa suya Cayo Cota, hijo de su hermana, y a lo menos éste habló como orador, aunque era

todavía muy joven. Quinto Mucio estuvo elegante y culto como solía; pero no, tuvo aquella fuerza y abundancia que pedía la naturaleza y el peligro de la causa. Rutilio fue, pues, un orador estoico; Scauro un orador a la antigua. Alabemos a entrambos, que gracias a ellos, ni siquiera de esos dos géneros careció nuestra ciudad. Yo gusto de que en el foro como en la escena aparezcan, no sólo veloces corredores y ágiles atletas, sino los que llaman *starios* (reposados), que muestren la verdad sencilla y desnuda.

»Y ya que hemos hecho mención de los Estoicos, no omitiré a Quinto Elio Tuberon, hijo de Paulo, que tuvo poco de orador, pero que en lo austero de su vida se ajustó bien con la doctrina que profesaba. Siendo triunviro sentenció, contra el parecer de su tío Escipion el Africano, que los augures no debían tener vacaciones mientras hubiere juicios. Fue así en la vida como en los discursos, duro, hórrido, inculto, y por esto no alcanzó los honores de sus antepasados. Por lo demás, bueno y constante ciudadano, grande adversario de Cayo Graco, como lo da a entender una oración del mismo Graco contra él. También las hay de Tuberon contra Graco. fue mediano en el decir, habilísimo en la disputa.»

Entonces dijo Bruto: «¿Cuál será la razón de que lo mismo entre los nuestros que entre los Griegos, casi todos los estoicos son prudentísimos en sus razonamientos y los hacen con arte, y son casi artífices de palabras, y en llegando a la disputa, resultan pobres e insípidos? Exceptúo solamente a Caton, que es, a la vez, perfectísimo estoico y orador eminente; pero ni en Fannio ni en Rutilio hallo grande elocuencia, y en Tuberon casi ninguna.

-Y no sin causa, Bruto, le respondí, porque consumen todo su estudio en la Dialéctica y no se dedican a este otro modo de decir vago, copioso y múltiple. Tu abuelo tiene, como sabes, todo lo que de los estoicos puede tomarse; pero aprendió a hablar bien con los maestros de retórica, y siguió sus enseñanzas. Y si hubiéramos de atenernos a los preceptos de los filósofos, mejor haríamos en seguir a los Peripatéticos. Y por eso aplaudo tu buen juicio en haber seguido la secta de los filósofos de la Academia antigua, que supieron unir la doctrina y los

preceptos con la elegancia y copia del lenguaje. Aunque ni el merito de los Peripatéticos ni el de los Académicos basta por sí para hacer un orador perfecto; ni tampoco lo será ninguno si permanece extraño a esos estudios. Por lo demás, así como el modo de decir de los estoicos es demasiado severo y ceñido para lo que consienten los oídos del pueblo; así el de los otros filósofos es más libre y extenso que lo que permite la costumbre en los juicios y el foro.

»¿Quién más rico de estilo que Platón? Dicen los filósofos que si Júpiter hablara en griego, hablaría como él. ¿Quién tiene más nervio que Aristóteles, quién más dulzura que Taofrasto? Dicen que Demóstenes oyó muy atentamente las lecciones de Platón, y que leía sin cesar sus libros, y bien se conoce en la alteza de sus ideas y palabras. Él mismo lo confiesa en una epístola. Pero el estilo de Demóstenes, aplicado a la filosofía, parecía demasiado contencioso y batallador, y el de ellos, aplicado a las causas judiciales, demasiado tranquilo y calmoso.

»Ahora hemos de recorrer, si os place, el catálogo de los demás oradores según su edad respectiva.

-Mucho que nos agrada; respondió Ático, y lo digo en mi nombre y en el de Bruto.

-Por el mismo tiempo floreció Curion, orador bastante ilustre, según podemos conjeturar por los discursos que de él nos restan. El más notable es la defensa de Servio Fulvio en una causa de incesto. En nuestra niñez pasaba esta oración por admirable: hoy está casi olvidada en medio de tantos volúmenes nuevos.

-Bien sé, dijo Bruto, a quién aludes en eso de los volúmenes.

-Y yo también te entiendo, Bruto. Yo sé que he traído algún bien a la juventud introduciendo una manera de hablar más rica y elegante que la que en otros tiempos hubo, pero quizá le he hecho también un daño, porque después de mis discursos han dejado de leer los de los antiguos oradores, con ser superiores a los míos.

-Cuéntame a mí, dijo Bruto, entre los que no los leen. Aunque la conversación de hoy ha de ser parte a que yo me dedique a la lectura de muchas cosas que antes despreciaba.

-Esa oración *del incesto*, continué, tan alabada tiene muchas cosas pueriles: lugares comunes muy mal traídos del amor, del tormento, de la fama; pero como todavía no estaban educados los oídos de nuestros ciudadanos, podían ser entonces tolerables. Escribió algunas otras cosas, y pronunció muchas con grande aplauso, y tuvo fama de abogado: tanto, que me admiro que habiendo sido hombre de tan larga vida y buena reputación y familia, nunca llegase al consulado.

»Pero ahora se nos presenta un varón de peregrino ingenio, de ardiente e infatigable estudio desde su niñez: Cayo Graco. Créeme, Bruto: nunca hubo nadie que tuviera más riqueza y plenitud en el decir.

-Así lo creo, respondió Bruto, y es de los antiguos casi el único que leo.

-Bien haces en leerle. Pérdida grande fue su temprana muerte para la república romana y para las letras latinas. ¡Ojalá que hubiera antepuesto el amor de la patria al de su hermano! ¡Cuán fácilmente hubiera alcanzado con el ingenio que tenía, la gloria de su padre o la de su abuelo, si él hubiera vivido más tiempo! No sé si ha tenido igual en la elocuencia. Es grande en las palabras, sabio en las sentencias, noble y majestuoso en todo el discurso. No dio la última mano a sus obras: dejó muchas cosas bien empezadas; pocas acabadas. Así y todo, es, oh Bruto, el orador que más debe leer la juventud. Puede no sólo aguzar sino alimentar el ingenio.

»A este sucedió Cayo Galba, hijo del elocuentísimo Servio, y yerno del elocuente y jurisperito Publio Craso. Lo alababan mucho nuestros mayores; lo favorecían por la memoria de su padre; pero cayó rendido antes del fin de la carrera, cuando, a consecuencia de la rogación Mamilia, tuvo que defenderse en causa propia acusado de la conjuración Jugurtina, y fue vencido en el debate. Queda una peroración o epílogo suyo tan famoso que, cuando niños, lo aprendíamos todos de memoria. Fue el primero desde la fundación de Roma que, perteneciendo al colegio sacerdotal, fuese condenado en juicio público.

»Publio Escipion, que murió siendo cónsul, hablaba pocas veces y con brevedad; pero en pureza de lengua latina era igual a los mejores, y vencía a todos en sales y facecias. Su colega Lucio Bestia, varón agudo

y no indocto, que entró con buenos auspicios en el tribunado, restituyendo por una ley su dignidad a Publio Popilio, violentamente expulsado por Graco, terminó tristemente su consulado. Porque apoyados en la odiosa ley Mamilia, los jueces adictos a Graco condenaron a los cuatro consulares Lucio Bestia, Cayo Caton, Spurio Albino y al sacerdote Cayo Galba, y al ilustre Lucio Opimio (matador de Graco), que había sido absuelto por el pueblo, a pesar de haber obrado contra sus intereses.

»No careció de alguna elocuencia Cayo Licinio Nerva, perverso ciudadano, tan desemejante del anterior en su tribunado y en todo el resto de su vida. Cayo Fimbria alcanzó los mismos tiempos, aunque era un poco más anciano que éstos. Fue buen abogado, áspero, maldiciente, férvido y arrebatado en su decir; pero notable por la integridad de su vida y por el acierto de sus pareceres en el Senado. No ignoraba el derecho civil. Su estilo era fácil, y algo desaliñado como su modo de ser. Cuando niños leíamos mucho sus oraciones, que ahora se han hecho raras, y apenas se encuentran.

»Ingenio y habla elegante tuvo Cayo Sextio Calvino, aunque por la molesta enfermedad de sus pies, casi nunca podía asistir a los juicios. De su consejo se valían los ciudadanos cuando querían; de su patrocinio, cuando podían.

»Del mismo tiempo fue Marco Bruto, deshonra grande de vuestro linaje: el cual, con ser de tan alta estirpe y haber tenido un tan excelente padre y tan sabio en el derecho, tomó el oficio de acusador público, como en Atenas Licurgo. Nunca pretendió magistraturas; pero fue acusador vehemente y molesto. Notábase en él un buen ingenio natural, echado a perder por su voluntad depravada.

»Por el mismo tiempo fue acusador el plebeyo Lucio Cesuleno, a quien oí, siendo él muy anciano, cuando pedía contra Lucio Sabelio una multa, fundado en la ley Aquilia, *de injuria*. No hubiera hecho mención de tan ínfimo personaje, si no fuera por la circunstancia de no haber oído nunca a hombre más odioso ni de más perversa intención.

»Docto fue en las letras griegas Tito Albucio, o, por mejor decir, casi griego. Podéis juzgarlo por sus discursos. En su adolescencia vivió en Atenas, y salió perfecto Epicúreo: mala escuela para un orador.

»Ya Quinto Catulo fue erudito, no al modo de los antiguos, sino al nuestro, y quizá de un modo más perfecto. Tuvo muchas letras: exquisita cortesía y elegancia, así en su vida como en sus discursos: incorrupta pureza de latinidad, como puede juzgarse, no sólo por sus oraciones, sino mejor todavía, por la historia que compuso de los hechos de su consulado, en el blando estilo de Xenofonte, y que dedicó al poeta Aulo Furio, familiar suyo: el cual libro, sin embargo, está tan olvidado como los tres de Escauro, que antes he citado.

-Yo, dijo Bruto, ni aun de nombre los conocía; pero no es mía la culpa, porque nunca cayeron en mis manos. Ahora me haces entrar en curiosidad de buscarlos y conocerlos.

-Tuvo, pues, Catulo pureza latina, que no es el menor elogio en un orador, y que casi todos desdeñan. En cuanto a la suavidad con que pronunciaba las letras, nada tengo que decirte, porque conoces a su hijo, a quien no se cuenta en el número de los oradores, por más que no le falten ni prudencia en sus dictámenes, ni elegancia y cultura en el decir. Ni tampoco su padre Catulo pasaba por el mejor abogado de su tiempo; pero era tal, que, si habiendo oído a los mejores de entonces, parecía inferior, oyéndole a él sólo, no solamente quedabas contento, sino que no echabas de menos cualidad alguna.

»Quinto Metelo Numidico, y su colega Marco Silano, hablaban de los negocios de la república de un modo no indigno de tales hombres y de la dignidad consular.

»Marco Aurelio Escauro hablaba pocas veces, pero con mucha elegancia de lengua. El mismo elogio merecen el *flámen* Aulo Albino, y Quinto Cepion, hombre atrevido y fuerte, para quien la fortuna de la guerra trocóse en crimen, y el odio del pueblo en calamidad propia.

»Cayo y Lucio Memmio fueron medianos oradores; pero acusadores vehementes y acerbos. Llamaron a juicio capital a muchos, pero defendieron a muy pocos. En el género popular se distinguió bastante Spurio Thorio, que abolió una ley inútil y viciosa sobre los tributos del

ager publicus. Marco Marcelo, padre de Esermino, no figuró entre los abogados, pero sí entre los fáciles improvisadores, lo mismo que su hijo Publio Léntulo.

»Lucio Cota, que había sido pretor, no tuvo mucho crédito oratorio; pero de industria, así en las palabras como en la pronunciación casi rústica, quería imitar a los antiguos. Y aquí debo decir por qué incluyo a este Cota y a otros tales en el número de los hombres disertos. Mi propósito es hacer memoria de todos los que en nuestra edad han hecho profesión de oradores; pero por la manera como de ellos hablo, puede juzgarse del mérito de cada uno y cuán lejanos anduvieron de la perfección, tan difícil en todas las cosas. ¡Cuántos oradores hemos nombrado ya, y cuánto nos hemos detenido en su enumeración, antes de encontrarnos con Antonio y Craso, que son entra los nuestros como Demóstenes e Hipérides entre los Griegos. Pienso que estos dos fueron nuestros más insignes oradores, y que en ellos se igualó por vez primera el arte de los Griegos con la facilidad de los Latinos.

»Todo lo tenía presente Antonio: todo se le ocurría a su tiempo, cuando podía valer y aprovechar más. Así como el general distribuye los jinetes, los infantes y los de leve armadura, así él distribuía los argumentos en las diversas partes de la oración. Tenía gran memoria, y no se le conocía el trabajo de la meditación. Parecía siempre desprevenido, pero estaba tan preparado que los jueces eran los que se encontraban desarmados ante las asechanzas de su palabra. No era muy esmerado en la elección de las palabras: faltóle este mérito, aunque tampoco hablaba con mucha incorrección. Y su abandono no procedía de voluntad propia, sino del general descuido con que se mira la pureza de lengua, como ser una de las primeras condiciones del orador. No es tan honroso el hablar bien el latín, como torpe el no saber hablarle. Deber es éste, no ya del buen orador, sino del ciudadano romano. Antonio, sin embargo, guiábase por cierto modo de prudencia y arte aun en la misma elección de las palabras (en que no atendía tanto a la gracia como a la fuerza), en su colocación, en la formación de las cláusulas, pero sobre todo en las figuras de sentencia. Porque en ellas se aventajó a todos Demóstenes, le conceden muchos el principado de la

elocuencia. Los schemas, como dicen los Griegos, son grande aliño oratorio, no tanto para adornar las palabras, como para iluminar las sentencias.

»Si grandes eran todas estas cualidades en Antonio, aun era más singular la acción, que podemos considerar dividida en gesto y voz. El gesto no sólo acompañaba las palabras, sino que convenía con las palabras mismas, y era un nuevo lenguaje. Las manos, los hombros, los costados, el pié, el andar, el sentarse y todos sus movimientos se ajustaban, como por encanto, a sus ideas y palabras: la voz era resistente, aunque áspera por naturaleza; pero él había convertido en ventaja este defecto. Tomaba un acento débil en las quejas y conmisericordias, y no sólo convencía sino que excitaba la misericordia. En él se cumplía lo que cuentan que dijo Demóstenes; preguntándole cuál era la primera cualidad en un orador respondió, por tres veces que la acción. Nada penetra más los ánimos; los mueve, agita y modifica a su albedrío. Sin ella jamás conseguirá el orador el efecto que desea.

»Algunos le igualaban, otros le anteponían a Lucio Craso. Todos convenían en que teniendo por abogado a cualquiera de los dos, no podía echarse de menos el ingenio de ningún otro. Y aunque yo admiro a Antonio tanto como antes di a entender, también afirmo que no puede concebirse nada más perfecto que Craso. Había en él suma gravedad, y junto con ella un donaire urbano y oratorio, no truhanesco y chocarreo; una cuidadosa y no afectada elegancia de lengua latina: mucha claridad en la disputa, y copia grande de símiles y argumentos.

»Y así como Antonio tenía increíble poder para calmar ó excitar las sospechas, así en la interpretación, en la definición y en la explicación de las leyes, nadie había superior a Craso. Y esto pudo juzgarse sobre todo en la causa de Marco Curio ante los centunviro. Tantas razones se le ocurrieron en defensa de la equidad y de la justicia contra la ley escrita, que al mismo Quinto Scévola, hombre agudísimo y muy docto en el derecho, sobre el cual versaba aquella causa, logró confundirle a fuerza de argumentos y de ejemplos, y de tal manera fue defendida aquella causa por estos dos tan grandes abogados (y los dos varones consulares), que todo el mundo tuvo a Craso por el más juris-

consulta de los oradores, y a Scévola por el más elocuente de los jurisconsultos. Era Scévola muy agudo para discernir lo verdadero de lo falso en la ley o en la equidad, y encerraba con claridad muchas ideas en pocas palabras. Tengámosle, pues, por admirable orador en este género de interpretar, explanar y discutir; pero en la amplificación, en el ornato y en la refutación, era un juez temible más bien que un admirable orador. Pero volvamos a Craso.

»Entonces dijo Bruto: «Aunque yo creía saber algo de Scévola por lo que había oído de él a Cayo Rutilio, no tenía noticia de sus facultades oratorias. Mucho me alegro de que tan ilustre varón y tan excelente ingenio haya florecido en nuestra república.

-Ten entendido, Bruto, le contesté, que nunca ha habido en nuestra ciudad nada más excelente que estos dos hombres. Ya he dicho que el uno era el más elocuente de los jurisconsultos, y el otro el más jurisconsulto de los oradores. En todo lo demás eran tan diversos, que apenas podrías determinar a cuál de los dos quisieras más parecerte. Craso era el más sobrio entre los oradores elegantes; Scévola el más elegante entre los oradores sencillos. Craso juntaba a su extremada cortesía no poca severidad, a Scévola no le faltaba urbanidad y gracia en medio de lo severo de su oratoria. Si toda virtud consiste, como dijeron los filósofos de vuestra academia, Bruto, en un término medio, cada uno de éstos le buscaba; pero de tal suerte, que el uno alcanzaba una parte de la gloria del otro, y total é íntegra la suya.»

Interrumpióme Bruto: «De tus palabras, que me han dado a conocer perfectamente a Craso y a Scévola, infiero que tú y Servio Sulpicio, tenéis alguna semejanza con ellos.

-¿Por qué? dijo yo.

-Por que tú has aprendido del derecho civil todo lo que necesita un orador, y Servio ha tomado de la elocuencia todo lo que puede ilustrar el derecho civil, y vuestras edades lo mismo que las de ellos difieren poco o nada.

-De mí, contesté, no debo decir nada: de Servio, dices bien, y te diré lo que siento. No es fácil aplicar más estudio que el que ha puesto él en el arte de bien decir, y en toda enseñanza útil. Fuimos condiscípulos

cuando niños, y luego él también fue a Rodas para hacerse mejor y más docto; citando volvió de allí, quiso más ser el segundo en un arte secundaria, que el primero en la principal. Y pienso que hubiera podido igualar a los primeros; pero quizá prefirió, y tengo para mí que con fortuna, ser el primero, entre todos los jurisconsultos, no sólo de su tiempo, sino de los anteriores.

-¿Qué dices? replicó Bruto. ¿Antepones nuestro Servio al misino Quinto Scévola?

-Sí, contesté, porque Scévola y otros muchos tuvieron la práctica del derecho civil; pero sólo Servio ha tenido la ciencia, a la cual nunca hubiera llegado, sin aprender antes el arte de dividir un asunto, explicar y definir, explanar o interpretar las cosas oscuras, distinguir las ambiguas, y, finalmente, tener una regla para separar lo verdadero de lo falso, y las consecuencias reales de las ilegítimas. Él trajo la luz de este arte, el primero y más excelente de todos, a las confusas respuestas y consultas de los jurisconsultos anteriores.

-¿Hablas de la dialéctica? dijo Bruto.

-De esa hablo, respondí yo. Pero a ella agregó la ciencia de las letras y cierta elegancia de hablar, la cual en sus escritos, que no tienen igual, puede verse. Y habiendo aprendido con dos preceptores muy doctos, Lucio Lucilio Balbo y Cayo Aquilio Galo, venció en rapidez, prontitud y sutileza de ingenio a Galo, hombre muy agudo en las respuestas, y venció asimismo a Balbo, hombre docto y erudito, en reposo y prudencia; de suerte que tiene las cualidades que cada uno de ellos tuvo, y además las que a uno y otro faltaron. Y así como Craso obró con más prudencia que Scévola, porque éste se encargaba de las causas, en lo cual Craso le superaba, y Craso no quería encargarse de las consultas para no ser en nada inferior a Scévola; así obró Servio sapientísimamente. Pues teniendo las dos artes civiles y forenses tanto mérito y gloria, prefirió aventajarse en la una, tomando sólo de la otra lo necesario para exornar el derecho civil y para obtener la dignidad consular.

-Esa misma opinión es la misma que yo tenía, dijo, Bruto. Hace poco oí sus lecciones en Sámos, porque quería yo aprender de él la

parte de derecho civil que se relaciona con nuestro derecho pontificio. Ahora confirmo mucho más mi juicio con el testimonio y juicio tuyo, y al mismo tiempo me alegro de que el ser vosotros de una misma edad y el haber llegado a los mismos honores, y la semejanza de artes y estudios, lejos de producir entre vosotros esa emulación y envidia que suele devorar a muchos, haya contribuido a estrechar los vínculos de vuestra amistad. La misma buena voluntad que le tienes y el juicio que de él formas, tiene él de tí, según yo puedo entender. Duélome por eso de que tanto tiempo carezca el pueblo romano de tu consejo y de tu palabra; y duélome tanto más, considerando a qué manos ha venido a parar el poder, no a qué manos ha sido trasladado.

-Ya dije desde el principio, interrumpió Ático, que habíamos de guardar profundo silencio sobre las cosas de la república. Cumplámoslo, pues, porque si empezamos a lamentarnos y a echar de menos muchas cosas, nunca tendrán fin nuestras quejas.

-Continuemos dije entonces yo, y sigamos el orden ya anunciado. Venía preparado Craso, se le esperaba, se le oía, y desde el exordio (que él cuidaba siempre mucho), parecía digno de aquella expectación. Nada de movimientos bruscos del cuerpo, ni de extraordinarias inflexiones de voz, ni de andar de una parte a otra, ni de dar golpes con el pie: sus discursos eran vehementes y a veces llenos de ira y justo dolor, sus chistes eran muchos, aunque sin menoscabo de la gravedad, y lograba una cosa muy difícil: ser a la vez elegante y breve. En la discusión no tuvo igual: estaba versado en todo género de causas: llegó muy pronto a ocupar el primer puesto entre los oradores. Siendo todavía muy joven, acusó a Cayo Carbon, hombre elocuentísimo, y obtuvo no sólo aplauso, sino grande admiración. Defendió después, cuando tenía veintisiete años, a la doncella Licinia, y también entonces estuvo muy elocuente. Dejó escritas algunas partes de este discurso. Todavía en su juventud quiso en el negocio de la colonia Narbonense ensayar algo que se pareciera a oratoria popular. Y pronunció contra aquella ley un discurso, demasiado grave para ser un mozo de tan poca edad. Muchas causas defendió luego; pero su tribunado fue tan poco ruidoso, que si durante él no hubiera comido una vez en casa del pregonero

Granio, y no nos lo hubiese contado Lucilio, ni siquiera sabríamos que había sido tribuno de la plebe.

-Así es, dijo Bruto; pero tampoco he oído hablar nunca del tribuno de Scévola, y eso que creo que fue colega de Craso.

-Lo fue en todas las demás magistraturas, contesté yo, pero tribuno no fue hasta el año siguiente, en que Craso defendió la ley Servilia. También fue censor sin que lo fuera Scévola, porque nunca pretendió Scévola esa magistratura. Pero, cuando hizo Craso esa oración, que yo sé de cierto que tú has leído muchas veces, tenía treinta y cuatro años, y me llevaba a mí otros tantos. Defendió esa ley en el consulado en que yo nací, y él había nacido siendo cónsules Quinto Cepion y Cayo Lelio. Tenía, por consiguiente, tres años menos que Antonio. Y advierto esto, para que se note bien la época en que llegó la elocuencia latina a tal madurez y perfección, que apenas podía añadirle nada sino quien estuviese muy instruido en filosofía, en el derecho civil y en la historia.

-¿Será por ventura Craso, dijo Marco Bruto, el orador perfecto que buscabas?

-No lo sé, dije. Pero hay de Lucio Craso una defensa que hizo de Quinto Cepion en su consulado. No es breve como elogio, pero sí como discurso. Es el último que pronunció siendo censor. En todas sus oraciones resplandece la verdad sin afectación alguna; las cláusulas y los períodos eran en él concisos y breves, divididos en esas partes pequeñas que llaman los Griegos Κωλᾶ.

-Al oírte elogiar tanto a esos oradores, dijo Bruto, me lamento mucho más de que Antonio nada dejara escrito, fuera de aquel libro tan breve de retórica, y de que Craso escribiera tan poco.

-Sólo así, hubieran dejado perpetua memoria de la elocuencia y del arte que en sus discursos les guiaba. La elegancia de Scévola la conocemos bien por las oraciones que dejó, y yo casi desde mi niñez tuve por obra maestra aquel discurso, contra la ley de Cepion, en que tanto se defiende la autoridad del Senado, y de tal manera se concita la indignación del pueblo contra la facción de los acusadores y jefes. Hay en aquel discurso muchos rasgos de estilo grave, muchos de elegancia,

muchos de dureza, no pocos chistes. Debió ser mucho más larga que como hoy la tenemos escrita, según puede inferirse de algunos puntos que están indicados y no explicados. La misma acusación censoria contra su colega Cneo Domicio, no es oración, sino resumen y argumento un poco extenso. Nunca hubo más ruidoso altercado. Y realmente sobresalió este orador en el género popular. El estilo de Antonio es mucho más acomodado a las defensas judiciales que a las deliberaciones. No omitiré en este lugar a Domicio, pues aunque no fue orador, tuvo bastante ingenio y facilidad de palabra para sostener sin desdoro la dignidad consular. Lo mismo digo de Cayo Celio, que tuvo mucha ciencia y grandes virtudes: de elocuencia sólo aquello que necesitaba para defender a sus amigos en los negocios privados y para la dignidad que tenía en la república.

»Por el mismo tiempo mereció ser contado entre los oradores medianos, pero que hablaban bien el latín, Marco Herennio, que, sin embargo, venció en la pretensión del consulado a Lucio Filipo, hombre de mucha nobleza, muy bien emparentado, de mucha clientela y grande elocuencia. Tampoco pasaba de la medianía Cayo Clodio, distinguido por su nobleza y singular poder. Casi al mismo tiempo floreció el caballero romano Cayo Ticio, que a mi parecer llegó a donde puede llegar un orador latino sin letras griegas y sin mucha práctica. Sus oraciones tienen tanta agudeza y urbanidad, que parecen escritas en estilo ático. Usó esas mismas agudezas en sus tragedias, aunque en modo poco trágico. A éste quería imitar el poeta Lucio Afranio, hombre agudísimo, en sus comedias. Fue también acusador acre y vehementemente Quinto Rubrio Varron, que fue proscrito por el Senado juntamente con Cayo Mario.

»En el mismo género se distinguió bastante nuestro pariente Marco Gratidio, docto en letras griegas y de buenas disposiciones naturales, muy amigo de Marco Antonio, de quien era prefecto en Silicia cuando fue muerto. Él acusó a Cayo Fimbria. Era padre de Marco Mario Gratidiano.

»También entre los aliados y entre los Latinos pasaron por oradores Quinto Vectio Vectiano, de la tierra de los Marsos, hombre pru-

dente y breve en el decir (le recuerdo bien); Quinto y Décimo Valerio Sorano, vecinos y familiares míos, no tan admirables en el decir, como doctos en letras griegas y latinas; Cayo Rusticello, de Bolonia, hombre de flexible y ejercitada naturaleza. Pero el más elocuente de todos, fuera de la ciudad, fue Tito Betucio Barro Asculano, de quien quedan algunas oraciones pronunciadas en Ascoli, y una bastante buena que dijo en Roma contra Cepion, a la cual respondió, en nombre de Cepion, Elio, que también escribió muchas oraciones, pero nunca fue orador. Entre nuestros mayores, pasaba por muy facundo Lucio Papirio Fregelano, del Lacio, contemporáneo de Tiberio Graco, hijo de Publio. Queda de él una oración pronunciada en el Senado en defensa de los Fregelanos y de las colonias latinas.»

Entonces dijo Bruto: «¿Qué cualidades concedes a estos oradores extraños?

-Las mismas que a los nuestros, respondí, fuera de una sola, y es cierta urbanidad que falta en los que no han nacido en Roma.

-¿Y qué especie de urbanidad es esa? dijo Bruto.

-No lo sé, respondí. Sólo sé que existe, y ya lo entenderás cuando vayas a las Galias. Allí has de oír palabras que no se usan en Roma; pero estas pueden mudarse y olvidarse. Lo que importa más, es que en la pronunciación de nuestros oradores, hay cierta suavidad y sonido urbano. Y no sólo en los oradores sino en todos los demás. Yo recuerdo que Mareo Tinca Placentino, hombre muy gracioso, solía competir en materia de chistes con nuestro familiar Quinto Granio.

-¿Aquel de quien tanto escribió Lucilio? dijo Bruto.

-El mismo, respondí. Y aunque Tinca decía gracias no menores que las de Granio, éste le vencía en cierto sabor urbano; y por eso no me admiro de lo que cuentan que le sucedió a Teofrasto, cuando regateaba con una vieja sobre el precio de una cosa, y ella le respondió: «No puede ser menos, forastero.» El llevó muy a mal que le tuvieran por forastero, cuando había vivido tanto tiempo en Atenas y escribía tan bien. Creo, pues, que hay en los nuestros, lo mismo que en los Áticos, cierto modo de decir propio de la ciudad. Pero volvamos a los nuestros.

-A los dos más excelentes, es decir, a Craso y Antonio, seguía, aunque a larga distancia, Lucio Filipo. Y aunque nadie había que se le antepusiera no me atrevo a llamarle el segundo ni aun el tercero. Porque tampoco debe llamarse el segundo en la cuadriga, al que apenas acaba de salir cuando ya el primero ha obtenido la palma, ni entre los oradores, al que dista tanto del primero, que apenas parece estar en la misma carrera. Había, sin embargo, en Filipo cualidades que podían llamarse grandes, si no sé le comparaba con otros oradores: mucha libertad en el decir, no pocos chistes, prontitud en las respuestas, soltura en la explicación de las sentencias. Era además tan docto en letras griegas como aquellos tiempos lo consentían: en la discusión era maldeciente y punzante. Casi la misma edad que él tenía Lucio Gelio, orador no tan notable que no se le conociera lo que le faltaba. Y eso que no era indocto, ni tardo en la invención, ni ignorante de las cosas romanas, y tenía bastante facilidad; pero no brilló mucho por haber nacido en tiempo de tan grandes oradores. Prestó, no obstante, muchos y muy buenos servicios a sus amigos, y como vivió tan largo tiempo, tuvo muchas causas en que ejercitarse.

»Alcanzó el mismo tiempo Décimo Bruto, que fue cónsul con Mamerco, hombre docto en letras griegas y latinas. Tampoco hablaba mal Lucio Escipion, y tenía algún nombre Cneo Pompeyo, hijo de Sexto. Su hermano Sexto había dedicado su excelente ingenio al derecho civil, y a la perfecta geometría y a la doctrina de los estoicos. En el derecho, se distinguió, antes que éstos, Marco Bruto, y poco después Cayo Bilieno, hombre grande por sus propios méritos, que le habrían llevado al consulado, a no ser por los tumultos y sediciones del tiempo de Mario. La elocuencia de Cneo Octavio, que era ignorada antes de su consulado, se probó después en muchas ocasiones. Pero volvamos a los verdaderos oradores.

-Bien dices, interrumpió Ático, porque buscamos hombres eloquentes, no hombres que supiesen hablar.

-En el gracejo y en los chistes, Cayo Julio, hijo de Lucio, se aventajó a todos los anteriores y a los de su tiempo, y fue orador nada vehemente, pero a quien nadie excedió en urbanidad, saber y elegancia.

Hay de él algunas oraciones en las cuales, lo mismo que en sus tragedias, rema una suavidad falta de nervio.

»Contemporáneo suyo fue Publio Cetego, que siempre caía algo oportuno que decir de los negocios de la república, porque los conocía muy a fondo.

»En las causas privadas, Quinto Lucrecio Vespilio era agudo y buen jurisconsulto. Por el contrario, Aphilia sobresalía más en las deliberaciones del Senado que en los juicios. También Tito Annio Velina era prudente, y en las causas de ese género, orador muy tolerable.

»Asimismo se aventajaba en ellas Tito Juvencio, hombre muy lento en el decir y algo frío, pero ingenioso y astuto para sorprender al adversario, y fuera de esto, muy inteligente en el derecho civil.

»Su discípulo Publio Orbio, que era casi de mi edad, fue poco feliz en la oratoria, pero no inferior a su maestro en el derecho civil. Tito Aufidio, que llegó a la extrema vejez, quería imitar a éstos, y era buen varón e inocente, pero hablaba poco; y no mucho más su hermano Marco, Virgilio, que siendo tribuno de la plebe, citó a juicio al victorioso Lucio Sila. Su colega Publio Magio era algo más copioso en el decir.

»Pero de todos los oradores o Rábulas que fueron enteramente in-doctos, y urbanos y rústicos, el más suelto en la palabra y el más agudo que yo recuerdo, fue de nuestro orden Quinto Sertorio, y del orden ecuestre Cayo Gorgonio. Fue también fácil en el decir, y tuvo una vida muy brillante e ingenio digno de alabanza, Tito Junio, hijo de Lucio, varón tribunicio que acusó de cohecho a Publio Sextio, pretor electo, y logró hacerle condenar: hubiera llegado muy adelante en los honores a no ser por la falta de salud que le aquejó siempre. Yo bien sé que estoy recordando muchos que ni pasaron por oradores, ni lo fueron realmente, y que quizá omito algunos de los antiguos, dignos de conmemoración y loor; pero esto es por ignorancia. ¿Qué se puede escribir de hombres de quienes ningún monumento propio ni ajeno habla? De los que yo he visto y oído hablar alguna vez, creo que a ninguno omito. Quiero que se sepa que en una república tan antigua, y donde tan grandes premios se han ofrecido a la elocuencia, todos han deseado ser

oradores, muchos lo han intentado, pocos lo han conseguido. Por la manera como yo hablo de ellos, puede entenderse a quién tengo por declamador, a quién por orador.

»Casi al mismo tiempo florecieron, y eran en edad poco menores que Julio, Cayo Cota, Publio Sulpicio, Quinto Vario, Cneo Pomponio, Cayo Curion, Lucio Fusio, Marco Druso, Publio Antistio. En ninguna edad hubo tan rica cosecha de oradores. Entre estos Cota y Sulpicio, a mi juicio y al de todos, obtienen fácilmente la primacía.

-¿Por qué dices, replicó Ático, a mi juicio y al de todos? ¿Por ventura, al apreciar el mérito o el demérito de un orador, conviene siempre el juicio del vulgo con el de los inteligentes? ¿O son unos los oradores que aprueba la multitud y otros los que aplauden los doctos?

-Discreta es la pregunta, Ático; pero quizás oirás de mí juicios que no apruebes.

-¿Y a tí qué te importa, dijo Ático, con tal que los apruebe Bruto?

-Ciertamente que me agradaría, Ático, que mi opinión sobre el mérito o demérito de un orador os agradase a tí y a Bruto, pero quiero que mi elocuencia agrade al pueblo. Necesario es obtener al mismo tiempo el aplauso de la muchedumbre y el de los doctos. Lo que es bueno o malo en un discurso, yo lo juzgaré, si es que puedo y sé juzgarlo; pero cuál sea el mérito del orador, sólo por el efecto de sus discursos puede conjeturarse. Tres son los fines que puede proponerse: convencer al auditorio, deleitarle o excitar sus afectos. Qué cualidades ha de tener el orador para lograr esto, o qué vicios le impedirán conseguirla, cualquier conocedor del arte puede juzgarlo. Pero entender si el orador ha alcanzado o no lo que se proponía, sólo el parecer del vulgo y la aprobación popular puede decirlo. Por eso nunca hubo división de pareceres entre los doctos y el pueblo sobre juzgar quién es bueno o mal orador.

»¿Crees que mientras florecieron los oradores que antes dije, no tuvieron la misma estimación en el juicio del vulgo que en el de los doctos? Si hubieran preguntado a uno del pueblo: «¿cuál es el más elocuente de esta ciudad?» o hubiera dudado entre Antonio y Craso, o se hubiera decidido por el uno o por el otro. Y nadie les hubiera ante-

puesto a Filipo, con ser orador tan elegante, tan grave, tan chistoso, a quien nosotros mismos, que procedemos con el rigor del arte, damos un lugar muy inmediato al de ellos. Porque es condición de grande orador el parecérselo al pueblo. Y así como el flautista Antigénidas dijo a un discípulo, a quien el pueblo oía con desdén: «canta para mí y para las Musas,» así yo diré a Bruto cuando hable, como suele, ante la multitud: «canta para mí y para el pueblo, oh Bruto,» para que los oyentes juzguen del efecto, y yo de los recursos con que se ha producido. Cuando el auditorio se convence de la verdad que el orador sustenta, ¿qué más puede pedir el arte? Cuando la muchedumbre se deleita y conmueve con un discurso, ¿qué más se puede apetecer? Si goza y se duele, y rie y llora, y ama y odia, y desprecia y envidia, y se mueve a compasión, a vergüenza, a arrepentimiento, a admiración, a temor o a esperanza, ¿qué falta hace la aprobación de los sabios? Lo que aprueba la multitud, han de aprobarlo necesariamente los doctos. Y es una prueba de lo recto del juicio popular el que nunca ha estado en oposición con el de los sabios. Floreciendo tantos oradores en géneros tan distintos, ¿cuándo ha habido alguno que no sobresaliera a la vez en el concepto público y en el de los inteligentes? ¿Quién de nuestros mayores habría dudado en elegir por patrono a Craso o a Antonio? ¿Quién, en nuestra adolescencia, cuando brillaban Cota y Hortensio, se atrevía a anteponerles ningún otro, con tal que tuviese libertad de elegir?

-¿Por qué hablas de otros, me interrumpió Bruto, y no de tí mismo? ¿No veíamos todos el juicio que de ti hacía Hortensio, el cual siempre que defendía contigo alguna causa, te dejaba la parte de la peroración, donde se concentra la mayor fuerza del discurso?

-Sí que lo hacía, llevado de su benevolencia. Pero y ignoro cuál sea la opinión del pueblo acerca de mí: de los demás, afirmo que siempre el juicio de los que más saben ha tenido por oradores elocuentísimos a los que el vulgo juzgaba tales. Y nunca hubiera podido decir Demóstenes lo que cuentan que dijo el poeta Antímaco de Claros, cuando habiendo leído delante de un numeroso auditorio aquel gran volumen suyo que conocéis, le dejaron solo todos a mitad de la lectura, menos Platón. «Seguiré leyendo, dijo, porque Platón vale para mí más que

todos los restantes juntos.» Y tenía razón. Las bellezas de un poema son cosa recóndita, y que juzgan pocos; pero la oratoria debe acomodarse al sentir del vulgo. Tanto, que si Demóstenes se hubiera visto abandonado por el pueblo sin tener más oyente que Platón, no hubiera acertado a decir una sola palabra. ¿Y qué harías tú, Bruto, si la multitud te dejara como dejó una vez a Curion?

-Yo, dijo él, para confesártelo todo, te diré que hasta en aquellas causas en que me dirijo a los jueces y no al pueblo, nada acierto a decir si no me veo rodeado de un numeroso concurso.

-Así es, respondí. A la manera que el flautista debe arrojar él instrumento si no suena, así debe el orador guiarse por los oídos del pueblo, y si el caballo no quiere moverse, no se empeñe el jinete en llevarle adelante.

»Pero a veces el vulgo aplaude sin comparación, y se deleita con oradores medianos y hasta malos: no ve nada mejor, y lo aprueba todo. También entretiene un orador mediano, con tal que tenga ciertas cualidades, y nada influye tanto en el ánimo de los hombres como el orden y elegancia del discurso. Por ejemplo, ¿quién de los que oyeron a Quinto Scévola en la defensa de Marco Coponio, que antes cité, pudo imaginar nada más culto, más elegante ni mejor: cuando quiso probar que Marco Curio, que había sido instituido heredero, en el caso de que el pupilo no hubiera salido de la tutela, no podía heredar por no haber nacido el pupilo? ¡Qué cosas dijo del derecho de testamentos y de las antiguas fórmulas! ¡Cómo demostró lo capcioso que era para el pueblo el no atenerse a lo escrito y guiarse por opiniones de jurisconsultos que pervertían y alteraban la letra de las disposiciones mas sencillas! ¡Cómo invocó la autoridad de su padre, que siempre había defendido el derecho civil, y cómo encareció la necesidad de conservarlo! Todo esto dicho culta y sabiamente, con brevedad y precisión, con bastante elegancia de estilo. ¿Quién de los oyentes, repito, pudo imaginar nada mejor?

»Pero cuando Craso empezó con el ejemplo del joven delicado, que por haber visto una barca, en la ribera, se propuso fabricar una nave, y dijo que de la misma manera Scévola había querido convertir la

barquilla de la *Caption* en un juicio *centumviral* de herencia; y después de este exordio, amenizó su discurso con muchas sentencias del mismo género; y convirtió de la severidad a la alegría los ánimos de los oyentes; y luego comenzó a probar que la intención del testador había sido que Curio heredase, en el caso de no haber hijo, ora por no haber nacido, ora por no haber salido de tutela, y que este género de disposiciones testamentarias eran muy frecuentes y siempre se habían respetado; y siguió defendiendo por razones de *aequo et bono* la voluntad del testador, y combatiendo la esclavitud de la letra, hasta decir que nadie osaría hacer testamentos si el parecer de Scévola y la autoridad que se había arrogado prevaleciesen; y todo esto lo ilustró con gravedad y copia de ejemplos, con lluvia de chistes y sales: produjo tal admiración y entusiasmo que pareció que nadie había hablado en contra. De esta suerte cumplió los tres oficios del orador: deleitar, convencer y persuadir. Y los mismos del pueblo que antes habían aplaudido a Scévola, reconocieron la superioridad de su adversario y el error en que habían estado. Un hombre inteligente hubiera conocido, al oír a Scévola, que aun podía darse otro género de oratoria más rico y persuasivo. Pero si después de la peroración se hubiese preguntado a todos cuál de los dos oradores era superior, no hubiera discrepado por cierto el juicio del vulgo del de los doctos.

»¿En qué se distingue, pues, el inteligente del indocto? En una cosa grande y difícil: en saber cómo se alcanzan o se pierden los triunfos oratorios; en darse cuenta de lo que aplaude. Se aventaja además el sabio al ignorante, en que sabe discernir cuál es el mejor estilo, cuando hay dos o más oradores que agradan al pueblo. Ya he dicho que lo que el pueblo no aplaude, tampoco parecerá nunca bien a los doctos. Y así como por el son de las cuerdas en el instrumento, suele entenderse la destreza con que están tañidas, así por los movimientos del ánimo se calcula el arte del orador en moverlos. Por eso el crítico inteligente no necesita sentarse ni oír atentamente, sino que de una mirada sola, y como de paso, juzga muchas veces del orador. Ve bostezando al juez, hablando al oído con otro, o dando vueltas o suspendiendo la sesión, y conoce en seguida que el orador en aquella causa no ha sabido tocar las

fibras del alma del juez. Ve, por el contrario, al pasar, a los jueces levantados y oyendo con atención y muestras de aprobar lo que se dice, suspensos, o lo que es mejor aún, movidos a compasión, odio, amor o cualquiera otra pasión, y con sólo ver esto, aunque nada oiga, comprendo que el orador ha triunfado, y que su obra va a cumplirse o está ya cumplida.»

Asintieron, mis dos amigos a mis palabras, y yo prosiguiendo mi razonamiento, dije: «Ya que de Cota y Sulpicio ha procedido esta digresión, puesto que ellos fueron los más celebrados oradores de su tiempo, vuelvo a tratar de ellos, y luego hablaré por su orden de todos los demás. Dos estilos oratorios hay dignos de aplauso: uno rápido y conciso, otro amplio y espléndido; y aunque éste parezca superior, todo lo que es excelente en cualquier género merece aplauso. El orador conciso debe huir de la sequedad y la pobreza: el copioso y magnífico, de la hinchazón y redundancia. Cota era agudo en la invención, hablaba con pureza y soltura, y como por sus condiciones físicas no podía levantar mucho la voz, acomodaba a la debilidad de sus fuerzas el tono de su oratoria. Nada había en sus arengas que no fuese castizo, sano y puro, y aunque no podía dominar con la vehemencia el ánimo de los jueces, lograba por modo suave tan gran efecto como Sulpicio. Fue Sulpicio el orador más trágico (digámoslo así) que yo he oído. Su voz era agradable, sonora y espléndida: el gesto y movimiento del cuerpo elegante, pero nacido no para la escena, sino para el foro; la palabra arrebatada, flexible, y sin embargo no redundante ni difusa. Quería imitar a Craso, mientras que Cota se inclinaba a la imitación de Antonio; pero al uno le faltaba la fuerza de Antonio, al otro la gracia de Craso.

-¡Oh arte admirable, dijo Bruto, pues a éstos, con ser grandes oradores, les faltó a cada uno una de las cualidades principales.

-Y en estos oradores es de advertir que pueden ser excelentes los que entre sí son desemejantes. Porque nada hubo tan distinto como Sulpicio de Cota, y uno y otro se aventajaron mucho a todos los de su edad. Por eso debe el maestro inteligente estudiar la índole de cada uno de sus discípulos, y encaminarla bien, a la manera que Isócrates, vien-

do el agudo y prestísimo ingenio de Teopompo y el sosegado de Ephoro, aplicaba al uno el freno y al otro la espuela.

»Las oraciones que corren a nombre de Sulpicio dicen que las escribió después de su muerte Publio Canutio, hombre de mi edad, y a mi juicio, el más disertado de cuantos han florecido fuera de nuestro orden. No queda ningún discurso de Sulpicio, y muchas veces le oí decir que ni tenía costumbre de escribir ni podía. La defensa de la ley Varia, que anda a nombre de Cota, la escribió, a ruegos suyos, Lucio Elio, varón ilustre y caballero romano muy honrado, eruditísimo en letras griegas y latinas, gran conocedor de la antigüedad y de los escritos de nuestros mayores. Nuestro Varrón, hombre de admirable ingenio y universal doctrina, adquirió de él los rudimentos de su ciencia, que luego acrecentó por sí. Élio quiso ser estoico, pero nunca fue ni pensó ser orador. Escribía, sin embargo, oraciones para que otros las pronunciasen, vg., para Quinto Metelo, hijo, para Quinto Cepión, para Quinto Pompeyo Rufo, y aunque éste escribió algunas por sí, nunca sin ayuda de Élio. De esto soy testigo, porque en mi adolescencia iba mucho a casa de Élio, y le oía con mucho gusto y atención. Pero nunca acabó de admirarme que un tan grande orador consintiera en que pasasen por suyas las pobres oraciones de Élio.

»No era fácil decidir quién era el tercero después de estos oradores; pero a mí me agradaba Pomponio, o por mejor decir, no me desagradaba. En las causas de importancia no quedaba lugar más que para los ya referidos, porque Antonio era fácil en aceptar negocios, y Craso, aunque lo repugnaba más, al fin los admitía. El que no contaba con ninguno de éstos acudía a Filipo o a César, a Cota o a Sulpicio. Estos seis abogados defendían las causas más ruidosas, y no había tantos juicios como ahora ni se encargaban muchos de una misma causa, como en el día sucede, y es intolerable vicio. Respondemos a los que no hemos oído: muchas veces, se refiere el hecho de distinta manera a cada abogado, e importa mucho ver lo que el adversario afirma sobre cada punto. Pero nada hay más vicioso, que debiendo ser uno sólo el cuerpo de la defensa, vuelva a tomarse el hito de la causa, cuando ya está defendida por otro. Todas las causas tienen un exordio y una peroración

natural: las demás partes ó miembros, cada uno en su lugar, tienen su valor e importancia. Y si es difícil en un largo discurso conservar la unidad, ¿cuánto no lo será evitar la incongruencia: con los discursos de otro que haya hablado antes? Pero como es un trabajo mucho mayor encargarse de toda la defensa que de una parte, y como es mayor la ganancia si se defiende a un tiempo a muchos clientes, por eso ha cundido tanto esa costumbre.

»A algunos les parecía el tercer orador de aquella época Curion, quizá porque usaba de palabras más espléndidas, y porque no hablaba mal el latín, sin duda por el uso doméstico, pues ignoraba del todo las letras humanas. Mucho influye lo que cada día oye en su casa el niño a sus padres o pedagogos. Leed las cartas de Cornelia, madre de los Gracos: parece que éstos fueron educados en su lengua, como en su seno. Muchas veces hemos oído a Lelia, la hija de Cayo, que tenía toda la elegancia de su padre, y a las dos hijas de Mucio, y a las dos nietas de Licinio, a una de las cuales pienso que tú mismo, Bruto, alcanzaste.

-Sí que la oí muchas veces, dijo Bruto, y con tanto más gusto, cuanto que era hija de Lucio Craso.

-¿Y qué piensas de Craso, el hijo de esta Licinia, que fue adoptado en el testamento de Craso?

-También de éste se dice que fue de grande ingenio. Y este mismo Scipion colega mío habla bien, a mi juicio.

-Razón tienes, Bruto. Y parece que esta familia tiene vinculado el don de la sabiduría. Ya hemos hablado de los dos abuelos, Scipion y Craso, y de los tres bisabuelos, Q. Metelo, P. Scipion, que siendo hombre particular libertó la República de la dominación de Tiberio Graco, y Q. Scévola, augur, tan perito en el derecho y hombre de tanta cortesanía. ¡Y cuán ilustre es el nombre de sus terceros abuelos, Publio Scipion, que fue dos veces cónsul (llamado por sobrenombre *Corculo*), y Cayo Lelio, el más sabio de todos! ¡Oh generosa estirpe, donde ha germinado y florecido todo linaje de glorias!

»Y comparando ahora lo pequeño con lo grande, algo por el estilo debió acontecerle a Curion, en cuanto a averse desde, niño a hablar con pureza: lo cual es tanto más de admirar, cuanto que nunca conocí a

nadie tan indocto y rudo como él, en las artes liberales, entre cuantos tuvieron algún nombre y fama. No conocía ningún poeta, no había leído a ningún orador; no conservaba memoria alguna de la antigüedad; no sabía el derecho público ni el privado o civil: aunque esta falta la tuvieron también otros oradores señalados, como Sulpicio y Antonio. Pero éstos al menos poseían el arte de bien decir, y como éste consta de cinco partes conocidísimas, ninguno dejaba de aventajarse en cualquiera de ellas. Y no por claudicar en alguna de las otras, dejaba de ser orador. Antonio sobresalía en la invención, en la disposición, en la memoria y en la acción. En alguna de estas cosas igualaba a Craso; en otras era superior. Craso sobresalía más por la brillantez de su elocuencia. Ni podemos decir que a Sulpicio, ni a Cota, ni a ningún otro orador le faltase del todo alguna de estas cinco partes. Pero de Curion podemos decir con verdad que en ninguna cosa se distinguió más que en el esplendor y copia de las palabras. Era tardó en el pensamiento e inhábil en la construcción del discurso. Y su carencia absoluta de acción y de memoria era tal, que movía a risa a los espectadores. Los movimientos consistían en balancear el cuerpo de una parte a otra; de lo cual tanto se burlaron Cayo Julio (diciéndole que *parecía que hablaba desde un barco*); y Cneo Sicinio, hombre impuro, pero muy chistoso. Éste, siendo tribuno de la plebe, presentó al pueblo a los dos cónsules Curion y Octavio. Curion habló largamente, mientras que su colega Cn. Octavio permanecía sentado y lleno de vendajes por el agudo dolor que sentía en las articulaciones. «Nunca, le dijo Sicinio, darás bastantes gracias a tu colega: a no haber sido por sus continuos movimientos, te hubieran comido hoy las moscas.»

»Su memoria era tan nula, que con frecuencia después de haber dividido la proposición en tres partes, añadía una cuarta o buscaba la tercera. En un juicio privado, pero de grande importancia, en que yo defendía a Titinia y él a Sexto Nevio contra mí, se olvidó súbitamente de la causa, y atribuía este olvido a los hechizos y encantos de Titinia. Grandes pruebas son estas de desmemoriado, pero nada más torpe que olvidarse en sus escritos de lo que poco antes había dicho. Así sucede en aquel libro en donde supone una conversación, que tuvo al salir del

Senado con nuestro Pansa y con Curion hijo, siendo el cónsul César quien había convocado el Senado. Nace todo aquel diálogo de preguntarle su hijo qué había pasado en la sesión.

Y después de desatarse Curion en muchas invectivas contra César, se pone a reprender como en profecía las cosas que el mismo César hizo el año siguiente en las Galias.

-¿Tan grande fue su falta de memoria, dijo admirado Bruto, que ni aun relejendo su libro, conoció el desatino enorme que había cometido?

-¿Y qué cosa más necia, Bruto, que dar al diálogo una fecha muy anterior a las cosas que en él quería censurar? Y hasta tal punto yerra, que se atreve a afirmar que él nunca iba al Senado siendo cónsul César, y esto, poco después de haber dicho que salió con él del Senado. Quien en esta facultad del alma, que es custodia de todas las restantes, era tan débil, que en un escrito se le iba de la memoria lo que acababa de decir, mucho más había de tropezar cuando hablaba de repente. Y así, aunque no le faltaban cargos públicos ni deseos de hablar, muy pocas causas venían a él. En su tiempo se lo tenía, a pesar de todo, por orador próximo a los buenos, sólo por la pureza de las palabras y por su expedita y fácil locuacidad. Creo que sus oraciones valen la pena de leerse. Son algo lánguidas, pero pueden educar y desarrollar la única facultad que medianamente poseía, la cual tiene tanto precio, que por sí sola dió a Curion apariencias de orador. Volvamos al asunto.

»Cayo Carbon, hijo de aquel elocuentísimo varón de que antes hicimos mérito, no era orador muy agudo, pero tampoco merece ser olvidado. Había en sus palabras gravedad, era fácil y tenía cierta autoridad natural. Q. Vario era más agudo en la invención y no menos expedito en la palabra: vehemente en la acción y no pobre ni abyecto en el estilo. Podemos, sin reparo, llamarle orador. Cn. Pomponio, a fuerza de pulmones, hacía algún efecto. Era acre y odioso.

»Mucho se diferenciaba de estos L. Fusio, que logró el fruto de su diligencia en la acusación de Marco Aquilio. En cuanto a tu tío Marco Druso, orador grave siempre que trataba de los negocios de la república; Lucio Lúculo, que hablaba con agudeza; tu padre, tan docto en el

derecho público y privado; M. Lúculo; M. Octavio, hijo de Cneo, que tuvo tanta autoridad y crédito que logró abolir por sufragios del pueblo la ley *frumentaria* de Sempronio; Cn. Octavio, hijo de Marco; M. Caton, padre, y el hijo de Quinto Cátulo, yo los separo de la haz de los declamadores judiciales, y los pongo entre los más ilustres defensores de la república.

»En el mismo número colocaría a Q. Cepion si, por demasiado adicto al orden ecuestre, no se hubiese apartado del Senado; a Cn. Carbon, a M. Mario y a muchos más, no tan hábiles para lisonjear los oídos de un auditorio elegante, como para una asamblea tumultuosa. Así era (aunque alteremos un poco el orden) en tiempos más cercanos L. Quincio, y Palicano todavía más acepto a los oídos del vulgo. Y ya que hacemos mención de hombres sediciosos, el más elocuente después de los Gracos fue L. Apuleyo Saturnino, que, sin embargo, arrebataba más por el ademán y el movimiento y hasta por el traje, que por la abundancia de su palabra ni por su escasa prudencia. Hombre de los más perversos que han existido fue Cayo Servilio Glaucia, pero astuto é ingenioso y de no poco chiste. Se fue levantando desde la mayor ignominia y bajeza hasta la pretura, y hubiera sido cónsul, si se le hubiese admitido a la elección, porque tenía a la plebe por suya, y se había hecho favorable al orden ecuestre con sus leyes. Fue muerto siendo pretor, el mismo día que murió también el tribuno Saturnino, en el consulado de Mario y Flaco. Era Glaucia parecido al ateniense Hipérbolo, cuya maldad notaron y reprendieron tanto los cómicos áticos.

»A. estos siguió Sexto Ticio, hombre locuaz y bastante agudo; pero tan afeminado en el gesto, que para remedarle se inventó una danza llamada Ticia. Ha de evitarse mucho en la acción todo lo que pueda dar lugar a imitaciones reprensibles.

»Volvamos a la época de que habíamos empezado a hablar. Contemporáneo de Sulpicio fue P. Antistio, rábula bastante tolerable, que después de haber estado en silencio por muchos años, y de haber sido objeto de desprecio y aun de risa, tuvo ocasión en su tribunado de atacar con brillantez la injusta y extraordinaria pretensión del tribunado, de C. Julio. Y lució tanto más, cuanto que habiendo defendido la mis-

ma causa su colega Sulpicio, no dijo cosas tan agudas como él. Y si antes de su tribunado tenía muchas causas, luego acudieron a él casi todos los litigantes. Veía bien los asuntos, componía con agudeza, tenía buena memoria: sus palabras no eran elegantes, pero tampoco rastreras. Sus discursos, fáciles y fluidos. Su ademán no era inurbano. La acción flaqueaba algo, por falta de voz y de gesto. Floreció en el tiempo transcurrido desde la renuncia y la vuelta de Sila, en que faltó de la república toda dignidad y justicia. Agradaba Antistio tanto más, cuanto que estaba desierto de oradores el foro. Sulpicio había muerto: se hallaban ausentes Cota y Curion: de los demás abogados de este tiempo vivían sólo Carbon y Pomponio: a cualquiera de los dos fácilmente superaba.

»Seguíale en edad L. Sisena, varón docto y de buenos estudios, que hablaba bien el latín, conocía los negocios de la república y no estaba falto de cierto chiste; pero trabajaba poco y carecía de práctica forense. Colocado entre dos edades, la de Sulpicio y la de Hortensio, no podía competir con el primero, y había de ceder forzosamente el puesto al segundo. Sus facultades pueden conocerse por su historia, que con exceder bastante a los anteriores, está aun muy lejos de la perfección, y prueba que este género ha sido todavía poco cultivado en las letras latinas.

»En cuanto al ingenio de Q. Hortensio, aun en su juventud, era como una estatua de Fidias, que apenas se la ve, es admirada. Se presentó por primera vez en el foro siendo cónsules L. Craso y Q. Scévola, y por juicio de todos, incluso de los mismos cónsules que tanto excedían a los demás en inteligencia, se consideró su discurso como de primer orden. Tenía entonces veintiun años. Murió en el consulado de L. Paulo y Q. Marcelo, por donde vemos que ejerció la abogacía cuarenta y cuatro años. De sus méritos oratorios hablaré después. Ahora sólo he querido fijar su edad, porque, como fue larga, descolló al lado de oradores mucho mayores que él y de otros algo más jóvenes. Así como Accio dio al teatro una comedia el mismo año que Pacuvio, teniendo el uno ochenta años y el otro treinta, así Hortensio no sólo pertenece a su época, sino también a la mía y a la tuya, Bruto, del mismo modo que a otra muy anterior. Ya solía hablar en tiempo de Craso y de

Antonio, y del anciano Filipo, y viviendo todos ellos defendió la causa de los bienes de Cneo Pompeyo, aventajándose, con ser muy joven, a los contemporáneos de Sulpicio, y a sus iguales M. Pison, M. Craso, Cn. Léntulo y P. Sura: y por muchos años se ejercitó en el foro conmigo, que tenía ocho menos que él, y defendió contra tí la causa de Apio Claudio, poco antes de su muerte.

»¿Ves cómo ya hemos llegado a tí, Bruto, considerado como orador, a pesar de haber florecido tantos entre el comienzo de mi carrera y el de la tuya? Hablaré sólo de los muertos.

-No hay razón, replicó Bruto, para omitir a los vivos. Lo harás porque temes que nosotros divulguemos esta conversación y se enojen contigo algunos.

-¿Y qué, no podéis callar?

-Fácilmente callaremos; pero sin duda prefieres callar tú mismo, y no poner a prueba nuestra discreción.

-Te diré la verdad, Bruto: nunca creí llegar en esta enumeración hasta nuestros tiempos; pero de tal manera se ha ido tejiendo el hilo cronológico, que he venido a parar en los más modernos.

-Habla, pues, de los intermedios: luego vendremos a ti y a Hortensio.

-A Hortensio sólo: de mí dirán otros lo que quieran.

-Nada de eso. Aunque tanto me interesa todo lo que vas diciendo, nada espero con tanta curiosidad como lo referente a tí; no acerca de tus cualidades oratorias, que bien conocidas son de todos, y más de mí, sino por saber los pasos, digámoslo así, y el método que seguiste en el cultivo de tu arte.

-Te complaceré, pues lo que deseas no es que hable de mi ingenio, sino de mis trabajos. Pero antes mencionará a otros, empezando por Marco Craso.

»Éste tenía pocas cualidades naturales, y no muchas de las que da el estudio. Gracias a su laboriosidad, diligencia y afable condición, fue por algunos años uno de los principales abogados. Su frase era correcta y latina; las palabras no triviales ni humildes; la composición discreta; pero no había en sus discursos una flor ni un rayo de luz. Tenía ardor

en el alma, pero la voz apagada, a tal punto, que decía todas las cosas de la misma manera: aunque su enemigo Cayo Fimbria no podía jactarse mucho de aventajarle, porque lo decía todo a gritos y con rapidez grandísima, de tal suerte, que, dejando fríos a los oyentes, parecía un loco entre cuerdos.

»Cn. Léntulo logró por la acción mas fama de orador que la que merecía, porque ni era agudo, aunque su rostro indicaba talento, ni abundante en las palabras, aunque también en esto engañaba, y con pausas y exclamaciones y con una voz suave y canora inflamaba de tal modo al auditorio, que no echaba de ver las cualidades de que carecía. Y así como Curion, por la copia de palabras, sin otra alguna cualidad tuvo nombre de orador, así Cn. Léntulo disimuló con la acción, en que fue excelente, la medianía de sus otras cualidades. Y lo mismo hizo P. Léntulo, cuya torpeza en inventar y pobreza de elocución estaba suplida por la dignidad de su aspecto, por el ademán lleno de arte y gracia, y por la suavidad y cuerpo de la voz. No tuvo más cualidad que la acción: en todo lo demás era inferior al otro.

»M. Pison debió todas sus ventajas al estudio, y era más docto en letras griegas que cuantos le precedieron. Tuvo naturalmente cierto género de agudeza, limada por el arte. Era en la elección de las palabras discreto y cuidadoso; pero a veces tanto aliño resultaba indigesto o frío. En ocasiones tenía chiste. No resistió mucho tiempo el trabajo forense, porque era de cuerpo débil, y además no podía sufrir las inepticias y majaderías de los hombres que tiene que tolerar el abogado, y los despedía con ingenuo y libre fastidio o con expresiones iracundas. Brilló de joven, pero se oscureció luego. Obtuvo más adelante no poca fama con el juicio de las Vestales, y volviendo desde entonces a su crédito, le conservó tanto tiempo cuanto pudo resistir el trabajo. Después perdió de gloria cuanto ganó de descanso.

»P. Murena era de mediano ingenio, pero de grande estudio de las cosas antiguas, estudioso y no indocto en las amenas letras; hombre de mucha industria y diligencia. Cayo Censorino supo muy bien las letras griegas: explicaba con claridad lo que quería, no le faltaba gracia en la acción; pero era muy perezoso y enemigo del foro. L. Furio, con poco

ingenio pero con mucho trabajo, hablaba con frecuencia, y decía lo que podía. Le faltaron pocas centurias en una elección para el consulado.

»Cayo Mucro nunca tuvo autoridad, pero fue abogado muy inteligente: si su vida y costumbres, y hasta su semblante, no hubiesen echado a perder el mérito de su ingenio, hubiera logrado más fama entre los abogados. No era abundante, ni tampoco seco y pobre: no muy brillante, pero tampoco desaliñado: la voz, el gesto y toda la acción, en suma, no carecían de gracia: en la invención y composición de las palabras era muy cuidadoso. Aunque se le oía con gusto en las causas públicas, era más celebrado en las privadas.

»C. Pison era orador copioso en palabras, y no tardo en la invención; pero su rostro daba a entender más agudeza y malicia que la que realmente tenía. A Marco Glabrion, aunque bien educado por su abuelo Scévola, le echó a perder lo indolente de su naturaleza. También L. Torcuato era elegante en el decir, en el juzgar muy prudente, en todo muy urbano.

»Q. Pompeyo, que era casi de mi edad, varón nacido para toda grandeza, hubiera tenido fama oratoria si el deseo de una gloria mayor no le hubiese llevado a las empresas bélicas. Era en sus discursos bastante espléndido: vela con prudencia los negocios. En la acción era muy aventajado: tenía suma dignidad en la voz y en los movimientos.

»D. Silano no tuvo mucho estudio, pero sí bastante agudeza y facilidad. Q. Pompeyo, hijo de Aulo, llamado el Bitínico, que venía a tener dos años menos que yo, era hombre de infatigable estudio, lo cual puedo saber porque tuvo conmigo y con M. Pison grande amistad y estudios comunes. Su acción no realzaba mucho su oratoria: ésta tenía bastante abundancia: a la otra le faltaba gracia.

»P. Antronio no tenía de recomendable más que una voz vibrante y aguda. Lo mismo L. Octavio Reatino, que murió joven, cuando ya habla defendido muchas causas. Hablaba con más audacia que preparación. Cayo Staleno, que se habla adoptado a sí mismo, y de Staleno se había hecho Elio, tenía un estilo férvido, petulante y furioso, aunque grato a muchos. Hubiera alcanzado los primeros honores, a no haber

sido sorprendido en un crimen que hizo caer sobre él el rigor de las leyes.

»El mismo tiempo alcanzaron los hermanos Cepasios, Cayo y Lucio, hombres oscuros y desconocidos, que de repente llegaron a la cuestura, sólo por su modo de decir desusado y campesino. Añadiré, para no omitir a nadie de los que entonces hablaban, a Cayo Cosconio Calidiano, que sin cualidades de ningún género, pero con grandes gritos y extraño gesto, decía al pueblo lo que buenamente se le ocurría. Lo mismo hacía Q. Arrio, que fue como el segundo de Marco Craso. Él es un ejemplo de cuánto vale en esta ciudad acomodarse al tiempo y servir a muchos en los honores o en el peligro. Nacido de ínfima clase, no sólo alcanzó dignidades, riqueza y favor, sino que llegó a tener cierta reputación de abogado, aunque carecía totalmente de doctrina e ingenio. Y así como los púgiles mal ejercitados, que ansían la palma de Olimpia, pueden sufrir los golpes y las puñadas, pero no resisten el sol; así, éste, después de haberle salido bien todas las cosas, no pudo resistir la inclemencia del año judicial.

-Mucho tiempo hace, me interrumpió Ático, que estás revolviendo heces, y me callaba, pero nunca creí que descenderías hasta los Stalenos y los Antrónios.

-No pensarás que lo hago por ambición e interés propio, ya que se trata de muertos, pero como sigo el orden cronológico, tengo que encontrarme con todos, y además quiero que se vea cuán pocos son, entre los que se han arrojado a hablar en público, los dignos de memoria.

Vuelvo a mi propósito.

»T. Torcuato, hijo de Tito y discípulo de Molon, el cual hubiera sido cónsul a no ser por su repentina muerte, tenía disposiciones y facultades naturales más bien que inclinación a la oratoria. No habló más que en el Senado o en negocios de sus amigos.

»También Marco Pontidio, natural del mismo municipio que yo, defendió muchas causas privadas, y no era torpe en ellas, pero hablaba siempre con excesivo arrebato, indignación y vehemencia, de modo que parecía que no solo disputaba con el adversario, sino también con el juez, a quien siempre ha de procurar tener propicio el orador. M.

Mesala, menor que nosotros, no era pobre en el lenguaje, aunque tampoco muy adornado; prudente, agudo, nada incauto, abogado diligente para enterarse de los negocios, hombre de mucho trabajo y que defendió muchas causas.

»Los dos Metelos, Color y Nepos, nada versados en las causas, ni faltos de ingenio ni indoctos, habían seguido el género y estilo popular. También Cn. Léntulo Marcelino pareció muy elocuente en su consulado, rico en palabras y en chistes, y sonoro en la voz. Cayo Memmio, hijo de Lucio, consumado en las letras griegas, pero despreciador de las latinas, orador agudo y suave, pero que temía el trabajo de hablar y aun el de pensar.

-¡Cuánto desearía, me interrumpió Bruto, que nos hablaras de los oradores que aun viven, y ya que no de los otros, a lo menos de César y Marcelo!

-¿Y por qué? le respondí. ¿A qué he de formar yo juicio de oradores que conoces tan bien como yo?

-Mucho conozco a Marcelo, pero a César poco. Al primero le oí muchas veces; el segundo, cuando yo podía formar algún juicio, estaba ya ausente de Roma.

-¿Qué juzgas, pues, de Marcelo a quien tantas veces has oído?

-¿Qué he de juzgar sino que se parece mucho a tí? Agrádame y no sin causa. Ha hecho buenos estudios, y prescindiendo de los demás, a éste se ha dedicado con especial ahínco y diarios ejercicios. Usa de palabras escogidas y brillantes, y su voz y la dignidad de sus movimientos realza todo lo que dice. Diríase que no le falta ninguna de las cualidades propias de un orador. Y es tanto más digno de alabanza, cuanto que en este tiempo, en esta común y fatal desgracia nuestra, puede consolarse con el testimonio de su buena, conciencia y con nuevos estudios. Le oí en Mitilene hace poco, y ví en él a un hombre de veras. Y así como antes no parecía semejante a tí en el decir, ahora me parece émulo del doctísimo Cratipo, muy amigo tuyo, según entiendo.

-Aunque mucho me deleitan esas alabanzas de tan gran varón y amigo mío, hácenme traer a la memoria nuestras presentes miserias;

para olvidarme de las cuales, he ido prolongando esta conversación. Pero quiero saber antes el juicio de Ático sobre César.

-Bien haces, interrumpió Bruto, en no querer hablar tú mismo de los que ahora viven, y a fe mía que si procedieras con ellos como con los muertos, no omitiendo a nadie, habías de tropezar con muchos Antronios y Stalenos. Sin duda has querido evitar este peligro, o tomes que alguno se queje de verso omitido o no bastante alabado. Pero de César puedes hablar con libertad, por ser conocidísimo el juicio que formas de su ingenio, y él del tuyo.

-Mi juicio acerca de César, dijo Ático, conviene con el de este severísimo juez de tales cosas, y es que casi ningún orador ha hablado con más elegancia el latín. Y esto no sólo por la costumbre doméstica, como se dice de las familias de los Léntulos y Mucios, sino por haber perfeccionado esta primera enseñanza con muchas letras recónditas y exquisitas, y con grande estudio y diligencia. Como que en medio de sus mayores ocupaciones, ha escrito, dedicado a tí (esto lo dijo Ático mirándose) su excelente libro *De la propiedad de la lengua latina*, y al principio dice que la buena elección de palabras es el fundamento de la elocuencia, y allí, Bruto mío, tributa a nuestro Ciceron este singular elogio: «A tí, príncipe e inventor de la abundancia del lenguaje, debemos juzgarte por benemérito de la dignidad del pueblo romano.»

-Magnífico elogio es ese, dijo Bruto, pues no sólo te llama *inventor y príncipe de la riqueza de elocución*, sino benemérito del pueblo romano. Por tí, esto solo en que nos vencían los vencidos Griegos, les ha sido arrebatado, o a lo menos compartido con nosotros. Esta alabanza y testimonio de César debes anteponerla a todos los triunfos.

-Y con razón, Bruto, si es que ha de tomarse por juicio de César, y no por testimonio de su benevolencia. Por que más acrecentó la gloria del pueblo el primero, quienquiera que fuere, si es que hubo alguno, que introdujo en nuestra ciudad esta abundancia de lenguaje, que los que expugnaron los castillos de Liguria, y lograron por ende tantos triunfos.

»Y en verdad, que si dejamos aparte las heroicas resoluciones con que alguna vez han salvado grandes generales a su pueblo en la paz ó

en la guerra, mucho excede un buen orador a los generales mediados. Diréis que es más útil un general. Cierto, y sin embargo (y me habéis de permitir que hable con libertad), preferiría yo ser autor de la oración de Lucio Craso en defensa de Marco Curion, a haber logrado dos triunfos por la conquista de otros tantos castillos. Diréis que más ventajas reportó a la república la toma de los castillos de Liguria que la defensa de M. Curion. Verdad es. Pero también les importaba más a los Atenienses tener domicilios seguros, que no una estatua de Minerva, labrada de marfil por mano de Fidias, y no obstante, yo más quisiera ser Fidias que el mejor maestro de obras. No se ha de estimar la utilidad de las cosas, sino su valor absoluto. Pocos son los buenos pintores o escultores; pero nunca faltarán buenos artífices y operarios. Continúa, amigo Pomponio, diciéndonos lo que juzgas de César.

-El fundamento de su oratoria es una elocución pura y latina. Los pocos que antes la habían logrado, no era por razón o ciencia, sino por buena costumbre. Omíto a Cayo Lelio y a Publio Escipion: el hablar bien el latín era mérito propio de su tiempo, como la inocencia, y aun así no en todos. Porque sus contemporáneos Cecilio y Pacuvio bien mal hablaban. Pero lo general era hablar bien, entre todos los que no habían vivido fuera de la ciudad, ni habían tenido en casa ninguna sombra de barbarie, ya que lo mismo en Roma que en Atenas vinieron muchos de fuera hablando mal, y corrompieron la lengua. Así se requiere gran corrección y una regla inmutable, que no sea la de la costumbre.

»Todos conocimos, cuando niños, a Tito Flaminio, que fue cónsul con Q. Metelo. Pasaba por buen hablista, pero ignoraba las letras. Catuto no era enteramente indocto, como tú mismo has dicho hace poco; pero la suavidad de su voz y la fácil pronunciación de las letras habían bastado a darle nombre de orador. Gota, que prolongaba mucho las letras por separarse de la costumbre griega, produciendo un son agreste y desapacible, había llegado por este inculto y silvestre camino a la misma fama. Sisena se había propuesto ser corrector de los vicios de lenguaje, y ni siquiera el acusador C. Rusio pudo apartarle de la manía de usar voces anticuadas.

-¿Qué quiere decir eso, interrumpió Bruto, o quién era ese C. Rusio?

-Un antiguo acusador, que atacaba a Chritilio, a quien defendía Sisenia. Éste dijo que sus crímenes eran *sputatilica*. A lo cual respondió C. Rusio: «Oh jueces, temo alguna asechanza, si no me socorréis. Sisenia debe de tenderme algún lazo, porque no entiendo lo que dice. ¿Qué quiere, decir *sputatilica*? Entiendo el *sputa*, pero el *tilica*, no.» Hubo grandes risas; pero aquel amigo mío siguió creyendo que el hablar bien era lo mismo que el hablar de un modo inusitado.

»César ha tenido el buen gusto de corregir la mala y viciosa costumbre con una incorrupta y pura locución. Por eso cuando añade a esta elegancia de lengua latina (necesaria no sólo en un orador, sino en todo bien nacido ciudadano romano) los demás ornatos de la elocuencia, parece que coloca a buena luz cuadros bien pintados. Su modo de decir es espléndido y nada vulgar: la voz, el movimiento, el ademán, todo tiene algo de magnífico y generoso.

-Mucho me agradan sus oraciones, dijo Bruto: he leído muchas. También ha escrito unos comentarios de su vida, muy dignos de aplauso. Son de una belleza sencilla y desnuda, sin aparato alguno oratorio, como despojada de toda vestidura y cendal. Quiso dar materiales para que otros escribieran, y acaso hizo un favor a los ignorantes que quieran ejercitar su pluma en tal empresa; pero de fijo quitó las ganas a los varones prudentes. Porque nada hay más agradable en la historia que la pura y clara brevedad. Volvamos, si os place, a los que ya murieron.

-C. Sicinio, proseguí, nieto de Q. Pompeyo, el que fue censor, llegó a la cuestura, y fue orador estimable, versado en el arte de Hermágoras, que es de poca utilidad para el ornato, mas no para la invención; da preceptos y reglas infalibles, aunque pobres, sobre el método, y a lo menos no consiente andar vagando el ánimo del orador. Observándolos él y viniendo preparado a las causas, nunca se encontraba ayuno de palabra, y gracias a esta saludable enseñanza y disciplina, tuvo crédito entre los abogados.

»También era muy docto mi primo C. Visellio Varron, casi de la misma edad que Sicinio. Murió después de haber sido edil curul, y

confieso que en cuanto a él difirió siempre mi juicio del que formaba el pueblo. Este le aplaudía poco, porque sus oraciones eran arrebatadas y oscuras por la copia de agudezas y por lo rápido de la pronunciación; pero nunca vi otro más feliz en las palabras ni más fecundo en las sentencias. Además había aprendido perfectamente de su padre Acúleo el derecho civil.

»Quedan todavía, entre los muertos, L. Torcuato, a quien más bien que orador (y eso que no le faltaban condiciones) podíamos llamar, con un vocablo griego, *político*. Era hombre de muchas letras y no vulgares, sino extrañas y recónditas, de divina memoria, de mucha elegancia y cortesía, a todo lo cual se agregaba lo íntegro y puro de su vida.

»También me agradaba mucho el estilo de Triario, tan sesudo en medio de su juventud. ¡Cuánta severidad en su rostro! ¡qué peso en sus palabras! ¡cuánto meditaba todo lo que salía de sus labios!»

Entonces Bruto, conmovido por la mención que yo había hecho de Torcuato y Triario, a quienes él tanto había amado, añadió: «Entre otras innumerables razones que tengo para dolerme de que no durase eternamente tu sistema de paz, es que no hubiera perdido la república a estos dos y a otros excelentes ciudadanos.

-Silencio, Bruto: no acrecentemos con esas consideraciones nuestro dolor. Acerbo es el recuerdo de los males pasados, y aun más el de los futuros. Dejemos de lamentarnos, y fijémonos sólo en las cualidades oratorias que tuvo cada cual.

»Entre los que murieron en la misma guerra podemos citar a M. Bibulo, que escribía con cuidado aunque no era orador, y procedió siempre como varón constante; a tu suegro Apio Claudio, colega y familiar mío, hombre bastante estudioso, orador ejercitado, y muy docto en la ciencia augural, en el derecho público y en las antigüedades; Lucio Domicio, que hablaba sin arte alguna, pero en buen latín y con libertad; a los dos Léntulos, consulares, de los cuales Publio, mi salvador y vengador de mis injurias, debió al arte todas sus cualidades. No las tenía naturales, pero era tal la grandeza de su ánimo que logró asimilarse las dotes más singulares de los esclarecidos oradores. L. Léntulo tenía fuerza oratoria, pero no quería Lomarse el trabajo de

pensar. Su voz era sonora, sus palabras no desagradables. Infundía a las veces confianza o terror. En las causas judiciales podía desearse cosa mejor: no en las de liberaciones públicas. Tampoco era orador político despreciable T. Postumio, tan batallador en sus discursos como en sus actos, desenfrenado y acre, pero muy conocedor del derecho público y de las costumbres antiguas.

-Si vivieran todos esos, dijo Ático, juraría que tus observaciones procedían de mala intención. Nombras a todos los que alguna vez se han atrevido a hablar, tanto, que me admiro que hayas omitido a M. Servilio.

-No ignoro, Pomponio, que ha habido muchos que nunca han hablado en público, con poder hacerlo harto mejor que éstos que llevo enumerados, pero con recordarlos logro que conozcáis cuán pocos se han atrevido a hablar en público, y aun entre éstos cuán pocos hay dignos de alabanza. Por eso ni siquiera he hecho mención de esos caballeros romanos, amigos nuestros, que han muerto hace poco: P. Cominio Spoletino, que acusó a Cayo Cornelio, a quien yo defendía, y tuvo un género de oratoria aliñado, vehemente y fácil; T. Accio de Pésaro, a cuya acusación contra Cluencio respondí yo. Era orador bastante copioso y docto en los preceptos de Hermágoras.

»En estudio nadie aventajó, ni quizá en ingenio, a mi yerno C. Pison. No tenía un momento ocioso: o se ocupaba en los negocios forenses, o estudiaba en su casa, o escribía, o meditaba. Parecía que en el trabajo volaba, más bien que corría. Era elegante en la elección de las palabras, rotundo en los períodos: encontraba muchos y fortísimos argumentos, y frecuentes y agudas sentencias. En el gesto era por naturaleza tan aventajado, que simulaba un arte que no tenía. Temo por mi amor hacia él exagerar sus méritos, pero no es así. Aun merece alabanzas mayores. Ni en la continencia, ni en la piedad, ni en otra alguna virtud, hallo ninguno de su tiempo que sea comparable con él.

»Tampoco creo que debe omitirse a M. Celio, cualquiera que fuese el triste resultado a que lo llevaron sus propósitos o su fortuna. Mientras obedeció a mi autoridad, fue tan excelente tribuno de la plebe, que nadie se opuso con tal fortaleza, en defensa del Senado y de la causa de

los buenos, a la popular y turbulenta demencia de algunos perdidos ciudadanos. A lo excelente de su acción se unía un estilo espléndido, solemne, y a las veces gracioso y urbano. Tres fueron sus principales acusaciones, y todas en pro de la república: sus defensas, aunque no valían tanto, no eran tampoco despreciables. Con grande aplauso de todos los buenos fue elegido edil curul; pero no sé cómo, durante mi ausencia se mostró inconsecuente consigo mismo, y se perdió por imitar a aquellos que tanto había censurado.

»Digamos algo de M. Calidio, que no fue orador vulgar, sino casi singular entre muchos: de tal suerte ilustraba sus recónditas y exquisitas ideas lo brillante de su elocución. Nada tan suave como sus cláusulas, nada tan flexible; la frase se modelaba a su arbitrio, como ningún otro orador lo consiguió nunca: tan pura y fluída era su palabra: no había un solo vocablo que no estuviera bien colocado en su lugar, *tanquam in vermiculato emblemate*, que dijo Lucilio. Ni había tampoco palabra alguna dura, insolente, humilde o traída de lejos. Casi nunca usaba de voces propias, sino de las trasladadas; pero de suerte que no parecían arrancadas por fuerza, sino que por su propia voluntad habían transmigrado. No era por eso desaliñado o incorrecto, sino armonioso, aunque no cerraba siempre de igual modo sus cláusulas. Frecuentes eran en él las figuras de palabras y sentencias, que llaman los Griegos *schemas*, y que vienen a ser como lumbres y matices de la oración. Conocía perfectamente las fórmulas de los jurisconsultos, y sabía aplicarlas. A todo esto se añadía el orden lleno de arte, la acción culta y hermosa, y todo el estilo plácido y sano.

»Si el colmo de la perfección fuera hablar con dulzura, nada, más podría desearse. Pero ya he dicho antes que tres cosas ha de procurar el orador: enseñar, deleitar y conmover. Logró Calidio dos de ellas: ilustrar con claridad el asunto, y entretener sabrosamente los ánimos de su auditorio. Fáltóle el tercer mérito: conmover y arrastrar.

»No tenía fuerza ni arranque alguno: ya procediera esto de que juzgaba locos y delirantes a los oradores de palabra fogosa y acción vehemente; ya de que la naturaleza le hubiera negado estas cualidades; ya de falta de costumbre. Recuerdo que acusando a Q. Galio de haber

querido envenenarle, y presentando testigos, documentos, indicios y pruebas de todo género, bastantes a dar fe del hecho, yo en la respuesta alegué como uno de los argumentos la serenidad, lentitud y sangre fría con que él había hablado de una cosa que tan de cerca le tocaba: del peligro de su vida. «¿Habías de hablar así, M. Calidio; si no fingieras lo que dices? ¿Tú que con tanta elocuencia defiendes a otros, tan frío en causa propia? ¿Dónde está el dolor que suele arrancar voces y querellas hasta a los niños? Ni tu alma ni tu cuerpo se han conmovido en lo más mínimo: ni tu frente ni tus piernas han vacilado: no has herido la tierra con el pie. Tan lejos has estado de inflamar nuestros ánimos, que casi nos hemos dormido.» Así la serenidad o el defecto de éste excelente orador me sirvió de argumento contra él.

-¿Y cómo dudar, interrumpió Bruto, que esa serenidad era un vicio? ¿Quién no confesará que siendo el mayor triunfo del orador conmover e inflamar a los oyentes, el que esto no consigue no ha conseguido nada?

-Sea como quieras, y pasemos a Hortensio, el único que nos queda. Luego, ya que te empeñas en eso, Bruto, hablaré de mí mismo, aunque sea con brevedad. Antes debo hacer mención de dos jóvenes que, a haber vivido más tiempo, hubieran alcanzado fama grande de elocuencia.

-Lo dirás por Cayo Curion y Cayo Licinio Calvo, interrumpió Bruto.

-Bien dices. El uno de ellos era tan fácil y suelto, tan agudo en las palabras y en las sentencias, que no era fácil hallar dada más elegante y expedito. Poco lo instruyeron sus maestros; pero tuvo una disposición admirable para la oratoria. De su estudio nada digo: si hubiera querido hacerme caso, habría preferido de seguro los honores a las riquezas.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Fácil es entenderme. Siendo el honor un premio de la virtud otorgado a alguno por el juicio y unánime voluntad de los ciudadanos, sólo el que legítimamente le alcanza me parece glorioso y honrado. El que aprovechándose de una ocasión feliz obtiene el poder aun contra la voluntad de sus conciudadanos, logra el nombre del honor, no el honor.

Si Curion me hubiera creído, fácil le fuera llegar con gloria a todos los grados de la magistratura, como había llegado su padre y cual él otros ilustres varones. Recuerdo que las mismas exhortaciones para que siguiera él camino recto, trillado por sus mayores, hice a P. Craso, hijo de Marco, cuando en su juventud buscó mi amistad. Había recibido esmerada educación: era verdaderamente erudito, de ingenio agudo y palabra elegante: grave sin arrogancia, y modesto sin timidez.

»Pero también a éste le envolvieron las olas de la vanagloria, vicio tan común en los jóvenes; y como siendo soldado había hecho obras de general, quiso ser general a toda costa, cargo al cual reservaban nuestros mayores edad cierta, e incierta suerte. Y así, por desdicha suya, empeñado en ser rival de César y Alejandro, resultó muy desemejante de Lucio Craso y de todos los Crasos.

»Pero volvamos a Calvo, que así como era más literato que Curion, tenía también un estilo más esmerado y elegante, aunque peinaba demasiado sus discursos, y se escuchaba cuando hablaba, y queriendo huir de los defectos, perdía la sangre y el jugo. Por eso los doctos oían con atención sus limados discursos, pero no la muchedumbre y el foro, para quien se ha hecho la elocuencia.

-Es que Calvo, interrumpió Bruto, quería ser ático, y de ahí la pobreza de sus discursos.

-Así lo pretendía, pero se equivocaba, e indujo a muchos al mismo error. Si se llama áticos a los que no hablan con ineptitud ni torpeza, todo buen orador será ático. ¿Quién de buen gusto no odia la insulsez y la insolencia, y la tiene por locura en un orador, o quién no admira con religioso respeto la sobriedad y pureza? Y todavía, si comprenden en el género ático la misma sequedad de estilo, con tal que sea culta, urbana y elegante, pase; pero como entre los áticos hay unos mejores que otros, preciso es conocer los grados y las desemejanzas, y la fuerza y la variedad de los áticos. Se dice: «Quiero imitar a los áticos.» ¿A cuáles? porque no pertenecen a un género sólo. ¿Qué cosa hay menos parecida que Demóstenes y Lisias, o que Lisias é Hipérides, o que cualquiera de ellos y Esquines? ¿A quién imitas, pues? Si a uno sólo, los demás no serán áticos. Y si a todos, ¿cómo puedes, siendo tan desemejantes entre

sí? ¿Tienes por ático a Demetrio Falereo? Me parece que en sus oraciones respira la misma Atenas. Y sin embargo, es más florido que Hipérides y que Lisias.

»Por el mismo tiempo hubo dos nada parecidos, aunque áticos en ambos: Charisio, que escribía muchas oraciones para otros, y tenía pretensiones de imitar a Lisias; Democáres, hijo de una hermana de Demóstenes, el cual compuso algunas oraciones, y una historia de las cosas que habían pasado en Atenas en su tiempo, en estilo más oratorio que histórico. A Charisio quiso imitar Hegésias, que su juzga ático y tiene a todos los demás por agrestes. ¡Y sin embargo, qué cosa más descosida y pueril, en medio de su elegancia, son sus discursos! «Queremos imitar a los Áticos.» En hora buena. ¿Pero son oradores áticos éstos? ¿Quién lo puede negar? A éstos imitamos ¿Cómo, si se parecen tan poco? Imitamos a Tucídides. Está bien, pero será escribiendo historia, no defendiendo causas; porque Tucídides fue grande y excelente narrador, pero nunca se ejercitó en el género forense. En cuanto a las muchas oraciones que intercala en su historia, yo las alabo mucho, pero ni podría imitarlas, si quisiera, ni quizá querría, aunque pudiera: de la misma suerte que nos deleita el vino de Falerno, no tan nuevo que haya nacido en tiempo de los últimos cónsules, ni tan viejo que se remonte al consulado de Opimio y Anicio. Dirás que estas son buenas marcas. Ciertamente, pero la excesiva antigüedad no tiene la dulzura que buscamos, ni siquiera es tolerable. En todo ha de haber un término razonable. Húyase del mosto nuevo e hirviente del estilo de los modernos, pero tampoco se persiga la marca anticuada de Tucídides, que lo es tanto como la de Anicio. El mismo Tucídides, si hubiera vivido más tarde, sería mejor y más suave.

»Imitemos, pues, a Demóstenes, ¡oh dioses inmortales! ¿Y qué otra cosa hacemos, ni qué más podemos desear? Pero no lo conseguiremos. No parece sino que esos pretendidos áticos consiguen todo lo que se les antoja. Y ni siquiera entienden que fue necesario (y no en vano se cuenta) que toda la Grecia concurriese a oír a Demóstenes. Y estos áticos, por el contrario, no sólo se ven abandonados por el concurso, sino hasta por sus clientes. Si el hablar seca y pobremente es de áticos,

séanlo en hora buena, pero vengan a los comicios, hablen a un juez sentado. El foro pide más grandeza y plenitud de dicción.

»Quiero que al sólo anuncio de que el orador va a hablar, se llenen los asientos y el tribunal, no se den punto de reposo los escribas para colocar a los oyentes, se apiñe el concurso, los jueces estén en pie, y apenas se levante el orador, guarden todos profundo silencio, y estallen luego las muestras de aprobación, y las de admiración, y de vez en cuando la risa ó el llanto; de suerte que el que se halle lejos, aunque no oiga de qué se trata, comprenda que el orador está feliz, y que domina la escena como si fuera un Roscio. Al que estos efectos consiga, tene-dle por ático, que esto hacían Pericles, Hipérides, Esquines y, sobre todo, Demóstenes.

-»Si llaman ático el estilo discreto, agudo, sencillo, sólido, pero algo desprovisto de galas y ornatos, también lo acepto. También para la modesta elegancia hay lugar en el arte. Por eso, no todos los que hablan en estilo ático, hablan bien; pero todos los que hablan bien, son áticos. Volvamos a Hortensio.

-Bien, dijo Bruto, aunque esta digresión ha sido para mí muy agradable.

-Muchas veces he querido interrumpirte, añadió Ático, pero nunca me he atrevido. Ahora que te vas acercando a la peroración, quiero hacerlo.

-Dí lo que quieras, Tito.

-Siempre me ha parecido muy bien aquella elegante y chistosa ironía con que habla Sócrates en los libros de Platón, Xenophonte y Esquines. Es propio de un hombre culto y chistoso, cuando se disputa acerca de la sabiduría, atribuírsela a los otros, y así Sócrates, en los diálogos de Platón, ensalza mucho a Protágoras, Hippias, Pródico, Gorgias, y él se confiesa ignorante y rudo. Yo encuentro esto muy bien, aunque Epicuro lo reprenda. Pero en la historia (e historia has hecho, al exponer los méritos de cada orador), témome mucho que la ironía sea tan vituperable, como en el testimonio.

-¿Por qué dices esto? No lo entiendo.

-En primer lugar, porque has alabado a muchos oradores de un modo que puede inducir a error a los ignorantes. Apenas podía yo contener la risa, cuando comparabas con el ático Lisias a nuestro Caton, hombre grande, a fe mía, o más bien excelente y consumado varón, que esto nadie lo ha de negar, pero ¿orador? ¿pero semejante a Lisias, prodigio de elegancia? Bella ironía, si hablásemos en burlas, pero hablando en serio, creo que debemos proceder con la misma religiosa escrupulosidad que en un testimonio.

»Yo a tu amigo Caton le aplaudo como ciudadano, como senador, como general, como hombre, en suma, de admirable prudencia, y adornado de todo género de virtudes. Las oraciones, para ser de aquel tiempo, no me parecen mal. Demuestran algún ingenio, aunque imperfecto y rudo. El elogio que hiciste de sus *Orígenes*, comparándolos con los escritos de Filisto y Tucídides, ¿crees que ni Bruto ni yo podemos aprobarle? ¿Osas comparar con escritores que los Griegos mismos juzgaron inimitables, a un hombre Tusculano, que ni siquiera sospechaba aun lo que es abundancia y primor de estilo?

»Alabas a Galba: si como el mejor de aquella edad, estoy de acuerdo contigo, porque así lo hemos aprendido todos; pero si ensalzas su mérito en absoluto, toma sus oraciones, que existen aun, y dí de buena fe si quisieras hablar o escribir de aquel modo. Aplaudes las oraciones de Lépido: está bien si las alabas por antiguas, y lo mismo te digo de Escipion el Africano, y de Lelio, aunque estimas por superior a todo la dulzura de sus oraciones. Quieres sin duda engañarnos con el nombre de un varón tan ilustre, y con las justísimas alabanzas de su gloriosa vida. Pero prescinde de esto y verás que ese estilo suyo tan dulce y decantado es tan rastrero, que apenas se puede tolerar. Sé que Carbon tuvo fama de orador, pero en esto, como en todo, pasa por bueno lo mediano, cuando no hay otra cosa mejor.

»Lo mismo digo de los Gracos, aunque estoy conforme con algunas de las cosas que de ellos afirmas. Omito a los demás, y vengo a Craso y a Antonio, en quienes supones ya perfecta la elocuencia, y que fueron sin duda grandes oradores. Haces bien en elogiarlos, pero no tanto que digas que la oración de Craso en defensa de la ley Servilia,

fue tu modelo, a la manera que Lisipo decía que lo había sido de él el *Doriphoro* de Policleto: esto es verdadera ironía, y no te diré por qué, para que no creas que te adulo.

»Prescindo de todo lo demás que has dicho de Cota, de Sulpicio, de Celio y de los restantes.

»Estos al cabo fueron oradores. Tu verás qué mérito tuvieron. Y no me cuido de que hayas enumerado a todos los operarios de este arte. De fijo que algunos querrían morirse, sólo porque los incluyeras en el número de los oradores.

»A esto le contesté: «Largo razonamiento has empezado, Ático, y digno de tratarse en otro coloquio, que reservaremos para mejor ocasión. Entonces hemos de recorrer los libros de Caton y de algún otro, para que te convenzas de que no falta en ellos ningún ornato ni flor alguna, fuera de las postizas y contrahechas que se inventaron después. En cuanto al estilo de Craso, juzgo que quizá él mismo pudo escribir mejor, pero que ninguno otro hubiera podido hacerlo. Ni tengas por ironía el haber dicho yo que su oración me sirvió de modelo, aunque formes tan alto juicio de mis facultades oratorias, lo cierto es que, cuando jóvenes, no teníamos entre los Latinos ningún modelo mejor que imitar. Y si nombré a tantos, ya ha dicho que fue para que se entendiera cuán pocos hubo dignos de memoria entre tantos como se arrojaron a hablar. No quisiera pasar por irónico, aunque el mismo Publio Escipion el Africano lo fue, según dice Fannio en su historia.

-Como quieras, dijo Ático. Yo no juzgaba impropia de tí una cualidad que tuvieron Escipion el Africano y Sócrates.

-De esto hablaremos después, dijo Bruto mirándome. ¿Pero cuándo nos explicarás esas antiguas oraciones?

-Cuando estemos en Cumas o en el Tusculano, puesto que en una y otra parte somos vecinos. Volvamos a nuestro asunto.

»Hortensio, que había llegado muy joven al foro, empezó muy pronto a encargarse de causas de importancia. Aunque sus principios coincidían con el esplendor de Cota y Sulpicio, y brillaban aun Craso y Antonio, Filipo y Julio, competía ventajosamente con cualquiera de ellos. Su memoria era tal, como yo no la he visto en ninguno otro; sin

escribir nada, repetía palabra por palabra lo que en su casa había pensado. Esta memoria prodigiosa le servía para recordar sus palabras y las de los adversarios, y todo género de documentos. Su afición al foro era ardentísima e incomparable; no se pasaba día sin que hablase ó preparase algo, y a veces trabajaba en dos causas el mismo día. Su oratoria nada tenía de vulgar, y entre otras introdujo dos cosas que ningún otro había usado: las divisiones de lo que iba a decir, y recapitulaciones de lo que se había dicho en contra y de lo que él había respondido. Era elegante y espléndido en las palabras, fácil en la composición, discreto en los argumentos, y había logrado todo esto a fuerza de ingenio y ejercicio. Recordaba bien las cosas, dividía con agudeza y no omitía casi nada de lo que en la causa podía ser útil para la confirmación o la refutación. Su voz era dulce y sonora, el movimiento y el gesto tenían más arte que el que conviene a un orador. Mientras él florecía, Craso murió, Cota fue desterrado, los juicios se interrumpieron por la guerra, y yo me presenté en el foro.

»Hortensio estaba en la guerra, donde al segundo año le hicieron tribuno militar; Sulpicio y Marco Antonio eran lugartenientes; todo juicio se celebraba conforme a la ley Varia, porque las demás estaban interrumpidas a consecuencia de la guerra: no hablaban los principales oradores, como Lucio Memmio y Quinto Pompeyo, sino ciertos acusadores, al modo de Filipo, que tenían abundancia y vehemencia. Los demás que pasaban entonces por principales eran magistrados, y cada día teníamos ocasión de oírlos. Cayo Curion era tribuno de la plebe, y entonces callaba, desde que una vez le había abandonado todo el auditorio. Quinto Metelo Céler no era orador, pero tampoco carecía de palabra. Eran disertos Quinto Vario, Cayo Garbon, Cneo Pomponio, pero éstos hablaban siempre en los *Rostros*. Cayo Julio, edil curul, pronunciaba cada día ingeniosos discursos. Yo, que tantos deseos tenía de oír a todos, sentí gran pesar cuando fue desterrado Cota. A los demás los oía con frecuencia, escribiendo, leyendo y meditando sus discursos, si bien nunca me contentaban del todo estos ejercicios oratorios. Al año siguiente fue condenado Quinto Vario, a consecuencia de su ley, y salió para el destierro. Yo entonces me dedicaba al

derecho civil, bajo la dirección de Quinto Scévola, hijo de Publio, que aunque no ejercía la enseñanza privada, respondía a las consultas de los estudiosos. Al año siguiente, en que fueron cónsules Sila y Pompeyo, tuve ocasión de conocer la oratoria de Publio Sulpicio, durante su tribunado. Por este tiempo, y a causa de la guerra de Mitrídates, tuvo que salir de su patria y refugiarse en Roma con otros Atenienses principales, Filon, jefe de la Academia, y yo me puse bajo su dirección, dedicándome con inusitado ardor al estudio de la filosofía, no sólo porque me deleitaba mucho la variedad y grandeza de las cosas que en ella se tratan, sino porque parecía que el foro había enmudecido para siempre. Sulpicio había muerto aquel año, y sucesivamente habían perecido a hierro tres ilustres oradores: Quinto Cátulo, Marco Antonio y Cayo Julio. El mismo año empecé a oír las lecciones de Molon de Rodas, gran defensor de causas y maestro en el arte de bien decir.

»Aunque todo esto parece impropio del asunto, lo he dicho para que Bruto sepa (porque tú, Ático, bien los conoces) los pasos que di siguiendo las huellas de Quinto Hortensio.

»Tres años duró la paz, pero por muerte, destierro o fuga de los oradores (pues aun los más jóvenes, como Marco Craso y los dos Léntulos, estaban ausentes), era Léntulo el principal entre los que defendían causas, y cada día lograba mayor aplauso Antistio. Pison hablaba con frecuencia; Pomponio, menos; rara vez Carbon; una o dos Filipo. Yo por este tiempo pasaba los días y las noches en el estudio. Vivía con el estoico Diodoto, que murió hace poco tiempo en mi casa, donde casi siempre había morado. Con él me ejercitaba en la dialéctica, que viene a ser una elocuencia breve y concisa, sin la cual tú mismo Bruto, no crees posible alcanzar aquella perfecta elocuencia, que podemos llamar dialéctica amplificada. Con tal ahínco me dedicaba a este maestro y a estas artes, que ningún día me quedaba libre para ejercicios oratorios. De vez en cuando declamaba, ya con Marco Pison, ya con Quinto Pompeyo, ya con algún otro, y lo hacía muchas veces en latín, pero más en griego, ya porque la lengua griega, como más rica, me daba primores y formas nuevas que aplicar a la latina, ya porque los maestros griegos no, podían corregirme ni enseñarme, si no hablaba en

griego. Vinieron después los tumultos para recuperar la libertad de la república, y la muerte cruel de tres oradores, Scévola, Carbon y Antistio, el regreso de Cota, Curion, Craso, los dos Léntulos y Pompeyo; la libertad restituida a los juicios y a las leyes. Sólo se echaba de menos en el número de los oradores a Pomponio, Censorino y Murena. Entonces yo, por vez primera, empecé a defender causas privadas y públicas, no para aprender en el foro, como hicieron muchos, sino para venir al foro, ya instruido. Por este tiempo era yo discípulo de Molon, que había venido de embajador de los Rodios, siendo dictador Sila. Y tuvo tanto aplauso mi primera defensa pública, la de Sexto Roscio, que desde entonces no hubo causa ninguna de importancia que no se me encomendara. Yo trabajaba mis oraciones con el mayor esmero que podía.

»Y ya que queréis verme de cuerpo entero, os diré algunas cosas, quizá innecesarias. Tenía yo entonces un cuerpo flaco y débil, el cuello largo y delgado, lo cual parece indicar peligro para la vida, si a esto se agrega el trabajo y el esfuerzo de los pulmones. Y esto infundía tanto más temor a mis amigos, cuanto que yo hablaba con pocas pausas, sin variedad, en tono muy alto y con grandes esfuerzos de voz. Y exhortándome mis amigos y médicos a que me apartase de; foro, preferí exponerme a cualquier peligro antes que renunciar a la gloria tan apetecida. Pero creyendo que con moderarme en la voz y con mudar de estilo podría evitar el peligro, determiné mudar de género, y este fue el motivo de mi viaje al Asia. Y habiéndome ejercitado por dos años en las causas, y siendo ya celebrado mi nombre en el foro, salí de Roma y me dirigí a Atenas.

»Allí estuve seis meses con Antíoco, ilustre y prudentísimo maestro de la Academia antigua, y renové el estudio de la filosofía, nunca abandonado desde mi primera adolescencia.

»También solía concurrir a la escuela de Demetrio el Sirio, viejo y no despreciable maestro de retórica. Después recorrí toda el Asia, oyendo a los más excelentes oradores, de los cuales era entonces el principal, a mi juicio, Menipo Estratonicense, que merece contarse

entre los áticos, si es que el estilo ático consiste en huir de vulgaridades o insulseces.

»Conmigo estaban casi siempre Dionisio Magnes, Esquilo Cnidio, Xenocles Adramyteno, que pasaban entonces en el Asia por los principales retóricos. Y no contento aún, me dirigí a Rodas a la escuela de Molon, a quien ya había oído en Roma, buen orador en causas verdaderas, y escritor excelente, sobre todo para notar y reprender los vicios y para instruir y enseñar. Él procuró (no sé si llegó a conseguirlo) corregirme de cierta redundancia y superfluidad juvenil, y encerrar el curso de mi dicción en su legítimo cauce. Dos años después estaba yo no sólo más instruido, sino también casi variado: ya no tenía que hacer aquellos esfuerzos de voz; mis pulmones habían cobrado fuerzas, y el gesto y ademán se habían modificado mucho.

»Sobresalían entonces dos oradores que despertaban en mí codicia de imitarlos, Cota y Hortensio: el primero, aunque propio en las palabras y diestro en la construcción de los períodos, era blando y remiso: el otro era elegante, agudo, y no como tú, oh Bruto, ya en su vejez le conociste, sino mucho más vehemente en la acción y en las palabras. Por eso quería yo más bien competir con Hortensio, que tenía un estilo más semejante al mío y era casi de mi edad. Yo había visto que en las mismas causas en que Cota era el abogado principal, vg., la de Marco Canuleyo, y la del consular Cneo Dolabela, en que Cota era el abogado principal, brillaba, sin embargo, en primer término Hortensio. Porque el concurso y estrépito del foro requiere un orador acre, fogoso, de voz sonora y poderoso en la acción.

»Un año después de haber vuelto del Asia, tuve una defensa ruidosa, pretendiendo yo la cuestura, Cota el consulado y Hortensio la edilidad. Yo tuve que ir de cuestor a Sicilia; Cota, durante su consulado, a las Galias: el principal de todos era Hortensio, y en tal concepto se le tenía. El año que volví de Sicilia, juzgué ya que mis facultades oratorias, cualesquiera que ellas fuesen, habían llegado a su perfección y madurez. Harto prolijo he sido en hablar de mí mismo: sírvanme de disculpa el que no ha sido por mostrar mi ingenio y elocuencia (de lo cual estoy muy lejos), sino mi trabajo e industria. Habiéndome, pues,

ejercitado cerca de cinco años en muchas causas, y con los principales abogados, tuve que entrar en lid con Hortensio, defendiendo yo a los Sicilianos contra Vérres. Hortensio era entonces cónsul electo, y yo estaba designado edil.

»Pero como este discurso nuestro no se limita a la enumeración de los oradores, sino que requiere ciertos preceptos, veamos con verdad lo que hay que, notar y advertir en Hortensio.

»Después de su consulado, como veía que ninguno de los consulares era comparable con él, y despreciaba a los que no habían sido cónsules, interrumpió aquellos estudios, que desde niño había profesado con tanto ahinco, y quiso vivir en la abundancia, más feliz (según él decía); a mi parecer, más ocioso y descuidado.

»El primero, el segundo año y el tercero, fue quitando no poco color a sus antiguas pinturas, aunque esto no podía conocerlo cualquiera del pueblo, sino un juez inteligente y docto. Y luego fue decayendo tanto en las de mas partes de la elocuencia, sobre todo en la rapidez y en el enlace de las palabras, que cada día iba siendo más, desemejante de sí mismo.

»Yo, por el contrario, no dejaba de perfeccionar mi estilo, como quiera que él sea, con todo género de ejercicios, principalmente con el de escribir. En los años que siguieron a mi edilidad, fui elegido pretor con increíble voluntad del pueblo. Los ánimos estaban dispuestos en mi favor, tanto por la asiduidad en las causas como por el modo de decir escogido y nada vulgar. Nada diré de mí, pero de los otros oradores, nadie había que hubiera estudiado con diligencia algo más que vulgar las buenas letras, que son la fuente de la perfecta elocuencia: nadie se había dedicado a la filosofía, madre de todas las buenas acciones y de todas las frases felices: nadie conocía el derecho civil, tan necesario para las causas privadas: nadie la historia romana, para poder invocar como testigos a los héroes ya difuntos: nadie conocía el arte de ir estrechando breve y agudamente al adversario, ni de hacer pasar el ánimo de los jueces de la severidad a la risa: nadie sabía amplificar ni dar a las cuestiones particulares en que hay designación de persona y tiempo, el interés de una cuestión universal: nadie amenizaba la causa

con digresiones: nadie sabía mover a indignación a los jueces ni arrancarle el llanto: nadie gobernar a su albedrío los ánimos: verdadero triunfo del orador.

»Cuando Hortensio estaba ya casi oscurecido, fui elegido yo cónsul, seis años después de su consulado, y entonces volvió él a sus antiguos estudios, para que siendo iguales en honor, no fuésemos desiguales en mérito. Así, doce años después de mi consulado, nos ejercitarnos los dos en las causas más señaladas, viviendo siempre en grande amistad y armonía, porque yo le tenía por superior a mí, y él de mí juzgaba lo mismo, y se había convertido en grande admirador de los hechos de mi consulado, que al principio le había sido algo molesto. Bien pudo conocerse lo que uno y otro éramos, poco antes de que el estruendo de las armas hiciese enmudecer del todo este nuestro estudio. Cuando la ley de Pompeyo concedía sólo tres horas para hablar, y todos los días veníamos a defender causas nuevas aunque muy semejantes entre sí, tú también, Bruto, tomaste en ellas parte y defendiste muchas, ya solo, ya con nosotros. Hortensio había empezado su práctica forense diez años antes que tú nacieras, y todavía a los sesenta y cuatro años, muy pocos días antes que su muerte, defendió contigo a tu suegro Apio.

»Cuál fue el estilo de uno y otro, nuestras oraciones lo dirán a los venideros. Pero si se pregunta por qué Hortensio brilló más en su juventud que en su vejez, podrán alegarse dos causas principales: 1. Que su estilo era asiático, más propio de la adolescencia que de la senectud. Dos géneros hay de estilo asiático: uno sentencioso y agudo, de sentencias no tan graves y severas como elegantes y graciosas. Así era en la historia Timeo: así eran en la oratoria Hiérocles Alabandeo y su hermano Meneclis, cuyas oraciones son de las mejores dentro del género asiático. El otro estilo no se distingue tanto por lo copioso de las sentencias como por el fácil y arrebatado curso de las palabras. Tal es el estilo que hoy domina en toda el Asia, y el que seguían Esquilo Cnidio y mi contemporáneo Esquines de Mileto. En éstos el curso de la oración era admirable, pero no lo eran las sentencias. Ya he dicho que estos géneros son propios de la juventud, y no tienen gravedad en los

viejos. Así Hortensio, que se distinguía en tino y otro, arrancaba estrepitosos clamores cuando joven. Tenía la misma afición que Menecles a las sentencias, aunque fuesen a veces más elegantes y graciosas que necesarias y útiles. Sus discursos, eran al mismo tiempo arrebatados y vibrantes, cultos y agudos; no gustaban de ellos los viejos, y yo vi muchas veces reírse de ellos y aun enfadarse a Filipo, pero los admiraban los jóvenes, y la multitud se conmovía.

»A juicio del vulgo, tenía cuando joven la primacía. Y aunque su estilo no fuera muy severo, parecía propio de su edad, y como brillaba su ingenio donde quiera, y era perfecta la construcción de los períodos, excitaba admiración suma. Pero cuando ya los honores que había obtenido y su autoridad de anciano requerían algo más grave, persistió inoportunamente en el mismo estilo, y abandonando el ejercicio y el estudio, que en él había sido grande, conservó la riqueza de sentencias, pero no aquella elegancia de dicción con que antes lo adornaba todo.

»Por eso, Bruto, te agradó quizá menos que te hubiera agradado si le hubieses conocido en el apogeo de sus facultades.

-Comprendo lo que afirmas, respondió Bruto, y siempre tuve por grande orador a Hortensio, sobre todo cuando hizo, en ausencia tuya, la defensa de Mesala.

-Así lo cuentan, y así lo declara a cada paso aquella oración. Él floreció desde el consulado de Craso y Scévola hasta el de Paulo y Marcelo: yo desde el dictador Sila hasta los mismos cónsules. La muerte hizo enmudecer la voz de Q. Hortensio; la calamidad pública la mía.

-No hagamos tan tristes predicciones, dijo Bruto.

-Sea como quieras, y esto no tanto por mi causa como por la tuya. ¡Feliz Hortensio, que murió antes de ver cumplidas las cosas que había predicho! Muchas veces deploramos juntos las calamidades que se acercaban, cuando veíamos las causas de la guerra civil en las ambiciones de los particulares, y ninguna esperanza de paz en las instituciones públicas. La felicidad que le acompañó siempre, le mató a tiempo para que no viera estas miserias.

»Nosotros, Bruto, ya que después de la muerte de Hortensio hemos venido a quedar como únicos tutores de la huérfana elocuencia, guar-

démosla en casa con liberal custodia y religioso respeto, y alejemos de ella a esos desconocidos e impudentes amantes; y defendamos de sus ímpetus a la casta y ya adulta virgen. Y aunque siento haber entrado en el camino de la vida demasiado tarde, sumergiéndome, antes de morir, en esta oscura noche de la república, vivo, sin embargo, con las esperanzas que tú, Bruto, me diste en tu dulcísima carta, donde me exhortabas a tener buen ánimo y fortaleza, puesto que había hecho ya tales cosas que, aunque yo callase, hablarían por mí y vivirían después de mi muerte.

»Pero cuando me acuerdo de ti, Bruto, crece mi dolor, al ver que en medio de los laureles de la juventud se ha visto atropellada tu cuadriga por esta adversa fortuna de la república. Esto es lo que más me angustia, y también a nuestro Ático, partícipe de mi amor y estimación hacia tí. Mucho te amamos: mucho es nuestro deseo de ver premiadas tus virtudes y de que puedas renovar y hacer aun más ilustre la memoria de dos esclarecidos linajes. El foro era tu campo de batalla: tú eras el único que a él había llegado, no sólo después de asiduos ejercicios oratorios, sino juntando a la elocuencia todo el esplendor de las virtudes, y enriquecido con todo linaje de ciencias y disciplinas. Dos cosas me angustian: que carezcas tú de la república, y la república de tí. Pero aunque oprima el curso de tu ingenio esta importuna calamidad civil, enciértrate en tus perennes estudios, y sigue la senda que has comenzado para no verte confundido con la turba de abogados de que aquí he hecho mérito. Ni esto sería digno de ti, adornado de tan copiosa enseñanza, la cual fuiste a buscar a Atenas, morada y templo de las artes. ¿Para qué te ejercitó Pammenes, varón el más elocuente de Grecia, y aquel Antisto, huésped y familiar mío; heredero de la Academia antigua, sino para que fueras desemejante del vulgo de los oradores? ¿No vemos que apenas ha habido en cada época dos oradores tolerables? Galba sobresalió entre todos sus contemporáneos. El mismo Catón, el anciano, reconocía su superioridad, y lo mismo Lépido y Carbon, que eran más jóvenes. Los Gracos usaban un estilo más libre y fácil, pero en su tiempo todavía no llenó a madurez la elocuencia. To-

avía florecieron después Antonio, Craso, Cota, Sulpicio, Hortensio, y yo mismo, si merezco ser comprendido en el número.»